

Ac. Esp. II - 133
D

DISCURSO

LEÍDO ANTE LA

ACADEMIA ESPAÑOLA

EN LA RECEPCIÓN PÚBLICA DEL

SR. D. PÍO BAROJA

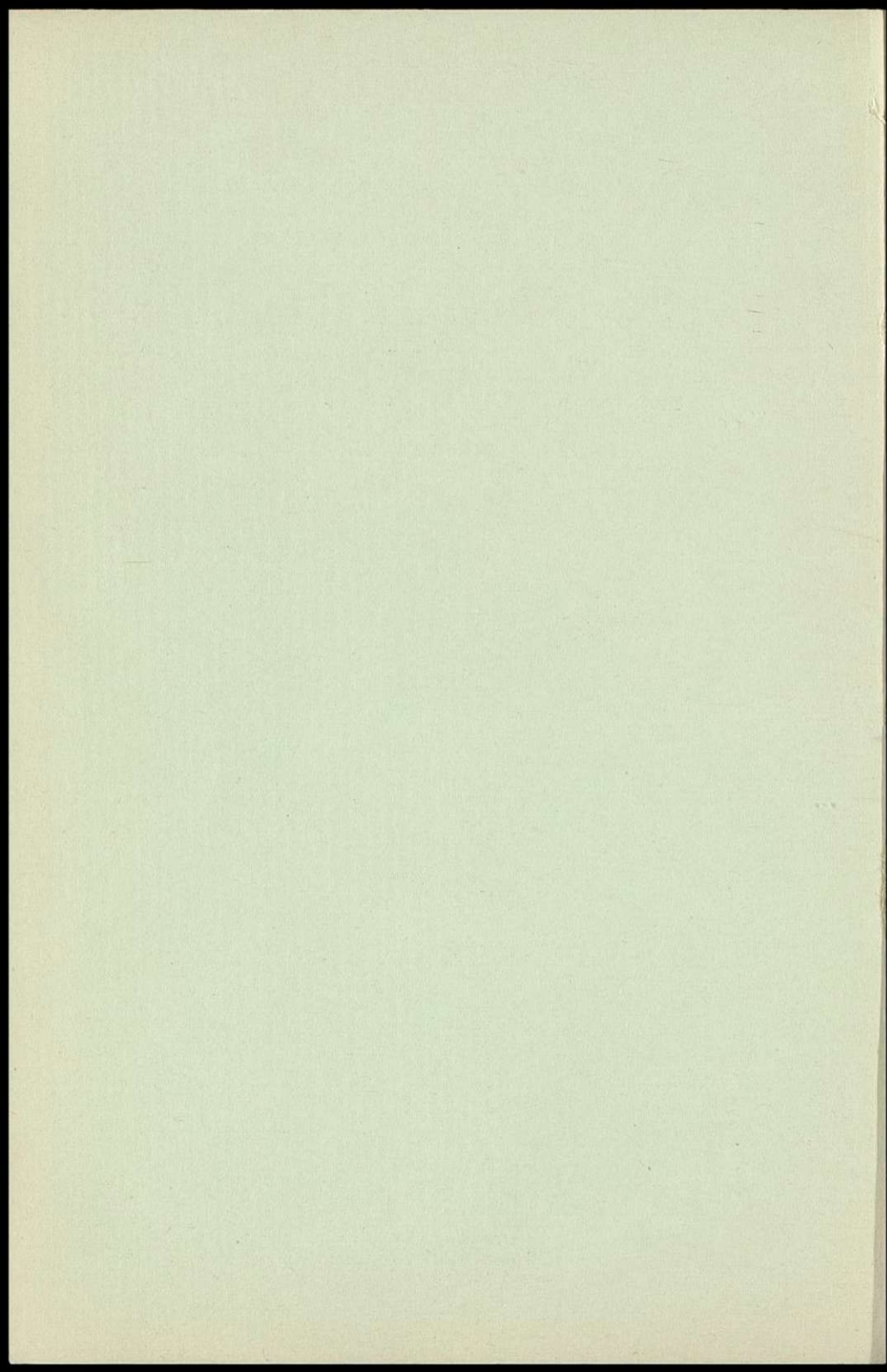
el día 12 de Mayo de 1935

CONTESTACIÓN DEL

EXCMO. SR. D. GREGORIO MARAÑÓN



MADRID
TALLERES DE ESPASA-CALPE, S. A.
RÍOS ROSAS, 26
1935



R. 49781

Ac. Esp. II-133

DISCURSO
LEÍDO ANTE LA
ACADEMIA ESPAÑOLA

EN LA RECEPCIÓN PÚBLICA DEL
SR. D. PÍO BAROJA
el día 12 de Mayo de 1935

CONTESTACIÓN DEL
EXCMO. SR. D. GREGORIO MARAÑÓN

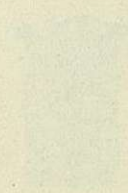


MADRID
TALLERES DE ESPASA-CALPE, S. A.
RÍOS ROSAS, 26
1935

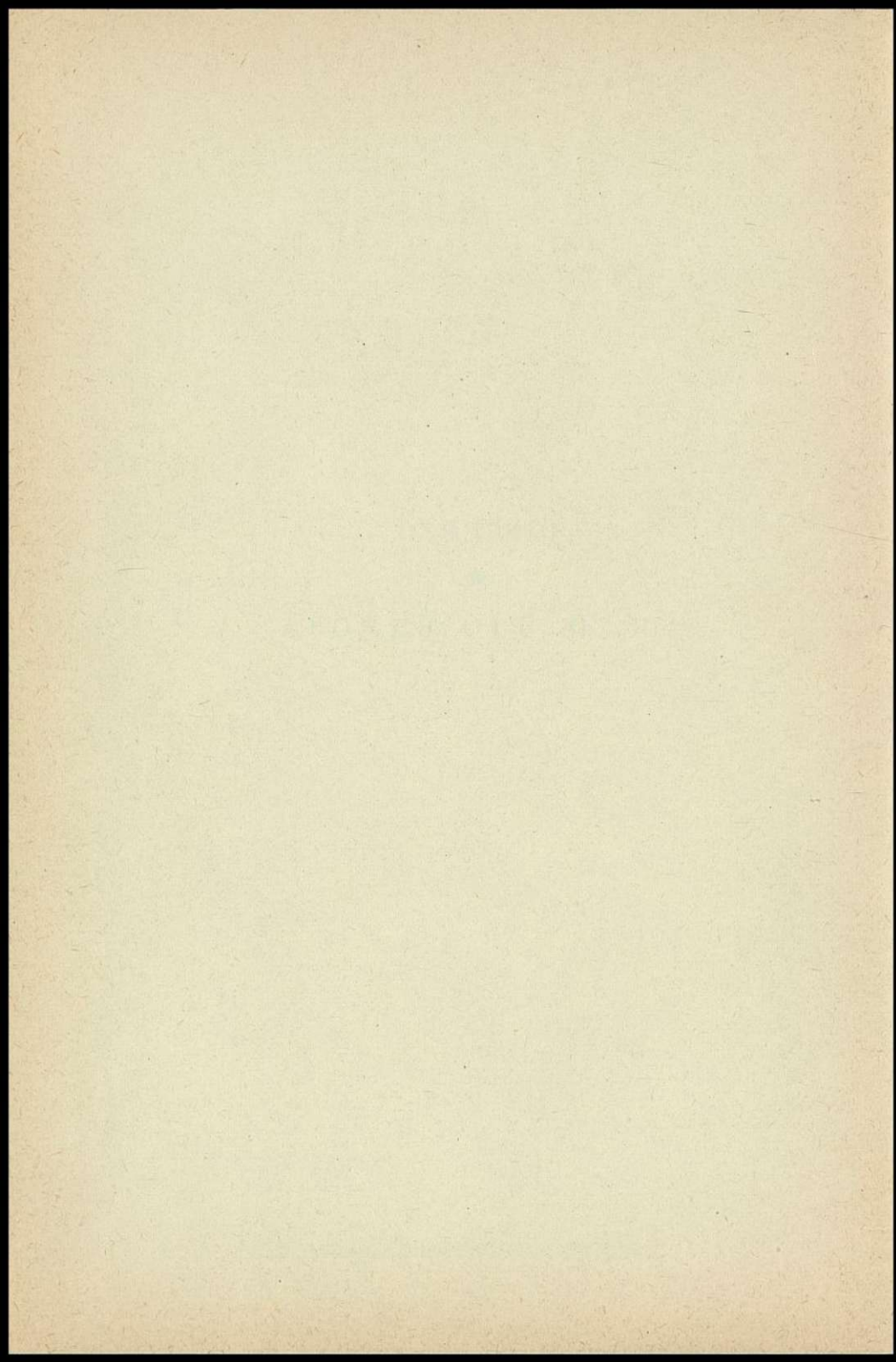
1777

MEMORIAL

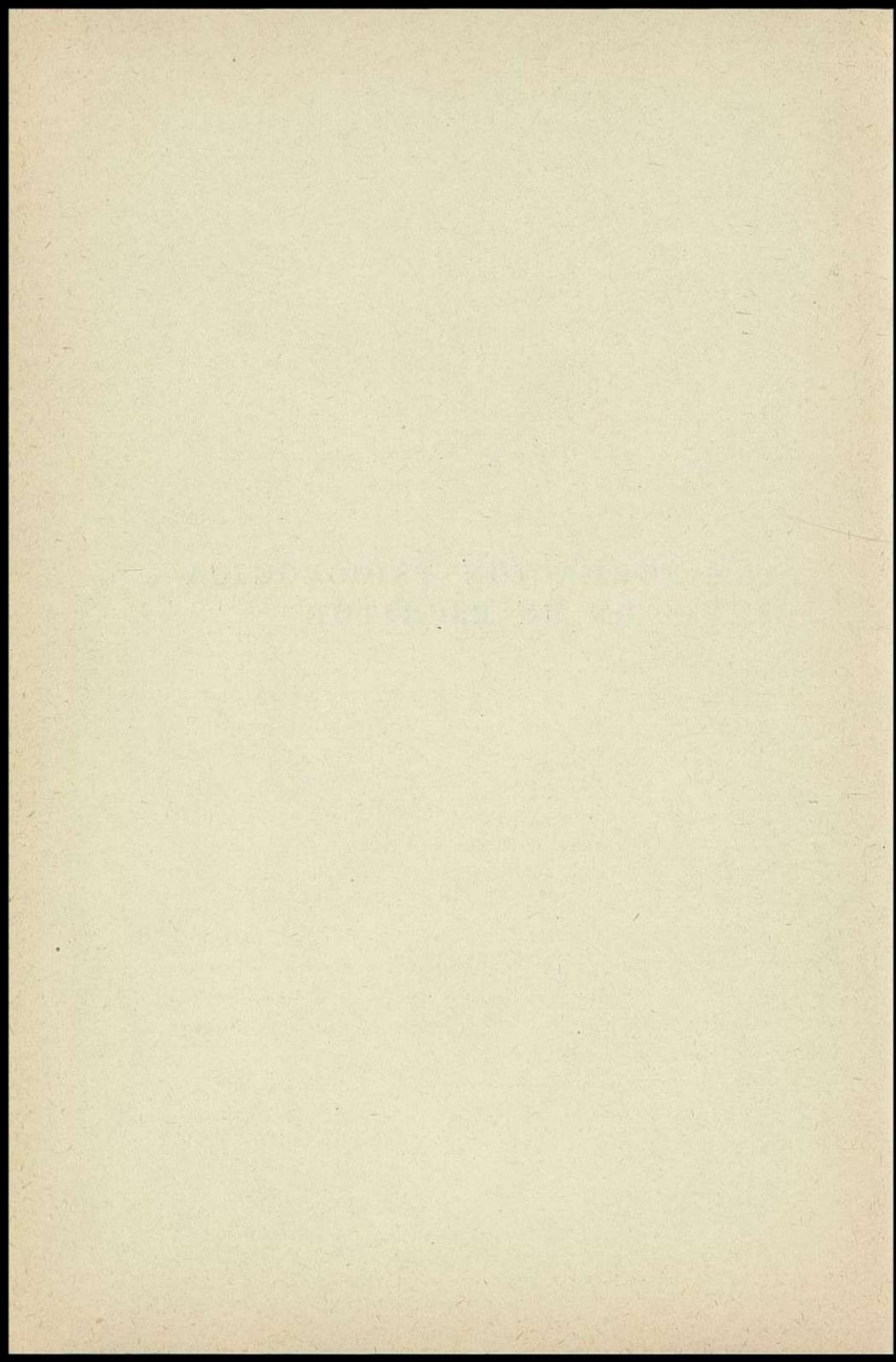
FOR THE



DISCURSO
DEL
SR. D. PÍO BAROJA



LA FORMACIÓN PSICOLÓGICA
DE UN ESCRITOR



SEÑORES ACADÉMICOS :

Yo siempre he sido considerado como el escritor de la calle, sin la formación necesaria, ni los conocimientos suficientes, para ingresar en centros académicos. Esta idea respecto a mí es cierta, no me he dedicado a estudiar las bellezas posibles del idioma, porque no creía mucho en ellas. Mi cuidado principal ha sido el expresar con claridad mis ideas y mis sensaciones.

Para mí la perfección de la forma literaria no puede proceder de un esfuerzo aislado, personal, sino de una labor colectiva de siglos. Así sucede que en los países donde la lengua está muy trabajada, como en Francia, todas las personas cultas escriben correctamente.

No he sentido nunca la necesidad de más palabras para expresarme en castellano; lo que sí he echado muchas veces de menos ha sido la claridad y la precisión. Esas palabras que chillan, y cuyo empleo para algunos constituye el desiderátum de la literatura, a mí me producen más bien efecto desagradable y grotesco.

Un idioma en el momento de su génesis permite, y quizá exija, una labor seleccionadora; cuando este

idioma se ha perfeccionado y es ya una lengua literaria, la selección huelga para el escritor que no es un técnico. Está hecha por sus antecesores.

Se puede, por huir de la corriente, buscar en las palabras un sentido pictórico o musical. Ello me parece un trabajo baldío.

A mí, al menos, la palabra me ha interesado principalmente como signo. No oigo la prosa; sólo en el verso me atrae el ritmo y la sonoridad. Siendo la música tan rica en el arte de los sonidos y la literatura a su lado tan pobre, no vale indudablemente la pena de intentar realizar con palabras lo que se consigue con perfección, con las notas.

Aunque yo no me crea con especiales condiciones para el cargo, agradezco los sufragios de los académicos al darme un puesto entre personas de más cultura literaria que yo. Intentaré laborar con ellas si me encuentro en condiciones favorables para hacerlo.

No tengo la preparación necesaria para dedicarme a estudios gramaticales, filológicos o lingüísticos. En el campo de la literatura técnica no estoy en el grupo de los sabios, sino en el de los legos. Algunos me han acusado de escritor de suburbio y no digo que ello no sea cierto.

Yo estudié Medicina en mi juventud bastante mal, como se estudia casi siempre, y tengo algunos rudimentos de Patología y de Fisiología, ciencia esta última para mí muy atractiva, y, en cambio, de latín, de griego y de humanidades no poseo estas nociones. Para no tener, no tengo tampoco un dogma

estético, firme e inmutable. Me considero dentro de la literatura como hombre sin normas, a campo traviesa, un poco a la buena de Dios.

La falta de dirección y el desconocimiento de las lenguas clásicas y de las humanidades me induce a descartar todo tema erudito o científico para mi discurso.

Desconfío de mi cultura literaria, un poco de acarreo, pues no ha tenido el desarrollo lento y seguro necesario para su firmeza y su fecundidad.

En una institución como la Academia Española, en donde se han dado casos, y se dan, de ciencia literaria e histórica portentosa como el del actual director, don Ramón Menéndez Pidal, presentarme con un estudio hecho a la ligera me parece un poco denigrante.

Me gustaría más que lo que he escrito sumergirme en un trabajo de compulsión de datos; pero no tengo medios ni tiempo de hacerlo. Ha pasado uno la juventud en un veraneo de cigarra y a la vez le queda el ejercer de hormiga literaria para vivir. No lo digo por lamentarme, sino para justificarme. Por otra parte, no debe intentar uno más que aquello que pueda hacer medianamente.

Había pensado en hablar de la juventud de mi tiempo; pero tal desconfianza siento al referirme y al comentar hechos generales, quizá no bien conocidos por mí, que he derivado a ocuparme únicamente de mi juventud. En este tema no me pueden faltar datos ni encontrarme con una frase en latín, difícil de traducir. No creo que la tendencia

a lo autobiográfico indique siempre vanidad o egolatría.

Al querer hablar de la juventud de mi tiempo comenzaba a referirme, sin proponérmelo de antemano, más a la mía que a la de los demás, y me desenmascaré ante mis ojos.

El objetivismo es una ilusión. Sólo la estadística puede ser objetiva e imparcial, y aún no lo es del todo. Faltan casi siempre datos para un estudio documentado, sobran ideas preconcebidas y el espectador, cronista o como se le quiera llamar de la época, no es un espejo perfecto y sin nubes. No refleja siempre con exactitud las imágenes. Todos las deformamos queriendo o sin querer.

Esa es la razón por la cual muchos no creemos en el peligro del realismo en el arte. El realismo de un autor no se parece en nada al del otro. Probablemente el Greco, Velázquez, Zurbarán o Goya pensaban al pintar seguir con fidelidad con el pincel la línea del modelo, y, sin embargo, eran tan personales como podían serlo los pintores considerados más idealistas.

No hay realismo absoluto, no hay objetivismo en el arte, no lo puede haber, y el escritor o el pintor considerados como objetivos y serenos interpretan y estilizan como los demás artistas.

Con todo el cargamento de pasiones, de antipatías y de simpatías paso a hablar de mi juventud y a ponerla, en parte, como sujeto de estudio en la mesa de disección. No me cegará el espejismo de lo pretérito, no siento esta nostalgia; no me parece

que cualquiera tiempo pasado fué mejor. No creo que el sol de mis años juveniles fuera más alegre que el de ahora ni que la vida tuviese más intensidad ni más gracia. Unicamente las formas varían en esos lapsos de tiempo largos para las personas y pequeños para los pueblos.

El hombre cambia al hacerse viejo; se le va palideciendo y ensombreciendo el ambiente, se le reduce y achica el porvenir. Muchas veces este fenómeno interno lo llega a considerar como externo y a proyectarlo hacia afuera.

Lo que le interesaba al hombre de hace cincuenta años como nuevo y curioso no le interesa al de hoy; pero quizá le vuelva a interesar al de dentro de un siglo. Probablemente no se mejora y se cambia solamente el gusto.

Hasta en los autores predilectos del público ocurre algo parecido a una variación y a un retorno; en cada época se les encuentra una excelencia distinta, y si en un tiempo se alaba a un escritor ilustre por su gracia, en otro se le considera por su melancolía, por su intención psicológica o por sus conocimientos geográficos. Todo ella indica una limitación fundamental del espíritu del hombre. Nadie puede abarcar todo lo humano y, naturalmente, menos lo cósmico.

Se puede y se debe aceptar la limitación propia como un hecho que se da desde el blastodermo hasta la vejez. Ello no me parece intransigencia. Insistir en la no comprensión, trazar los límites de la limitación, cuando ésta existe, y existe siempre, no

es una prueba de tozudez ni de barbarie, sino de sinceridad y de espíritu crítico.

Dentro de mi limitación peculiar supongo que todo lo que se conoce bien y se puede contar con alguna sinceridad y claridad puede tener cierto interés de documento. Supongo también que algún interés puede ofrecer la vida mía, no por ser la de un señor con nombre y apellido, sino por ser una de tantas de una época crítica de España, en la cual se da como fenómeno sintomático el fracaso de la juventud. Es este signo de épocas decadentes; en las heroicas sucede lo contrario, los jóvenes triunfan y mandan.

El echar una mirada hacia atrás, el ver el camino recorrido, el ir fijando las pequeñas evoluciones de un espíritu, puede tener alguna sugestión.

Voy a señalar una serie de hechos y algunos comentarios al margen; por un lado, la dirección de una vida, y por otro, las divagaciones que engendra su carácter.

Mi discurso se podría llamar con dos títulos a estilo de novela por entregas. La formación psicológica de un escritor o la experiencia de una vida.

En mí esta preocupación de la vida pasada, este pensamiento crítico acerca de la juventud, comienza a ser un tópico.

Se repite uno; pero ¿qué va a hacer el viejo, sino repetirse? Renovarse es una fantasía. No hay posibilidad de renovación preconcebida. Por otra parte, nadie se repite del todo. Nadie se baña en el

mismo río dos veces —dice Heráclito—, porque todo cambia incesantemente en el río y en el que se baña.

El tema de la formación psicológica de un escritor y el recuerdo de la juventud me acerca a hablar de mi antecesor don Leopoldo Cano.

No tengo idea de su persona. Ello para mí hubiera sido importante. La impresión directa me ha parecido siempre decisiva. No llegué a hablar a Cano. Le vi de cerca solamente, una vez en la Puerta del Sol. Marchaba yo con mi padre. Mi padre le conocía y le saludó, y estuvieron hablando los dos un momento.

—¿Quién es? —le pregunté yo después a mi padre.

—Leopoldo Cano.

—¿Y de qué hablaba?

—Hablabá de sus obras y ha dicho: Empiezo a creer que sólo los que hemos estudiado matemáticas sabemos hacer dramas.

—¿Y por qué decía eso?

—Supongo que se refería a Echegaray y a él.

No puedo hablar de don Leopoldo Cano por sus obras vistas en escena, sino por sus obras leídas, y leídas hace poco. No vi representadas las comedias suyas en su tiempo, tiempo que fué el de mi juventud.

La mayoría de los estudiantes de mi época éramos gente de muy poco dinero. No hacíamos vida social ni literaria, no nos asomábamos a los teatros grandes, sólo íbamos algún domingo por la

tarde a teatros pequeños y no asistíamos a estrenos de obras importantes.

Estábamos en esto a la altura de los menestrales y de los dependientes de comercio. No tengo, pues, una impresión directa de las obras de Cano en su ambiente, sino una impresión de lector tardío.

Pertenece Leopoldo Cano al grupo de los nuevos románticos iniciado poco después de la revolución de septiembre. El representante más típico de este grupo fué Echegaray. Figuraban en él Sellés, Cano y, en cierto modo y como epígono, Dicenta.

Echegaray era un discípulo de Dumas, padre. Este mulato fecundo, Eurípides de bulevar, falso, truculento y efectista, tuvo en todas partes admiradores y secuaces. Los procedimientos de Dumas, padre, pasaron a Echegaray y a sus discípulos.

El nuevo romanticismo de Echegaray, Sellés y Cano venía tras de la labor realista de Bretón de los Herreros, llena de vivacidad, de gracia y de picardía, y de sus continuadores. No podían tener los neorrománticos los ímpetus y la audacia de sus antecesores del principio del siglo; pretendían defenderse con una mayor observación, con más fidelidad en las descripciones de los tipos y de las costumbres.

Los detalles realistas abundaban en las obras de estos autores. Eran detalles realistas imaginados, no vistos y vividos. Ese es el detalle del melodrama, hace efecto y deja simultáneamente en el especta-

dor una sospecha de truco y de juego de prestidigitación.

Estos tres dramaturgos: Echegaray, Sellés y Cano se sentían revolucionarios. ¿Lo eran de verdad? ¿Quién lo sabe! ¿Se puede ser revolucionario teniendo un alto destino? Es difícil. Para los que éramos, hace años, partidarios del filósofo inglés, hoy sin prosélitos, del individuo contra el Estado, esa posición era falsa. Hoy los comunistas nos tachan a los que creíamos y practicábamos esta teoría del alejamiento de reaccionarios y de pequeños burgueses, porque ellos consideran que se debe vivir del Estado y para el Estado. En cambio, para nosotros, individualistas, su teoría no es más que una defensa del parasitismo.

Todos estos dramaturgos de la época tenían un propósito revolucionario a su modo. Ello se advierte en obras como *El gran galeoto* y en *Locura o santidad*, de Echegaray, y en las comedias de Cano *La opinión pública* y *la Pasionaria*.

Si algo distingue a este autor de los demás es su vena de poeta satírico, su acritud y su patriotismo. Por la construcción de sus comedias no es, sin duda, el primero de los tres de su período literario, por la intención de las frases, sí.

Con Echegaray sostuve una larga conversación una noche en casa de Sorolla, ya en su vejez, y me sorprendió su ingenuidad y su candor. Con Dicenta hablé y discutí varias veces. Era hombre de escaso sentido crítico. Sellés, a quien conocí, hablaba poco. Con Leopoldo Cano, como decía, no lle-

gué nunca a conversar. Echegaray y Dicenta tenían un drama como una batalla contra el público o contra cierta parte del público, en la cual se podían emplear toda clase de recursos, toda clase de trucos. Los dos autores consideraban su fraseología social como algo ya realizado al ser aplaudido. La obra impresa a Echegaray le interesaba muy poco, casi nada. No pretendo ser un buen juez de comedias y de dramas, no he tenido gran afición por el teatro. Probablemente falta de afición significa falta de condiciones. Estos juicios míos los expongo con poca seguridad y a beneficio de inventario.

OPTIMISMO E IDEAL

Yo estoy considerado como un escritor de visión un poco negra. No creo ser un pesimista sistemático, tampoco un optimista. El pesimismo o el optimismo lo llevamos cada uno en el cerebro y en los nervios; querer hacer un balance de placeres y de dolores de la vida a estilo de Schopenhauer es una pobre e inútil estadística. ¿Qué enseñanza puede dar esto? Ninguna. Cuanto se intenta representar el mundo tal como se ha visto con los propios ojos muchos replican: Es una visión fragmentaria de la vida. Falta el ideal. Pero el ideal no lo inventa un individuo aislado. El ideal lo da, creo yo, la colectividad. Si en la colectividad no existe un ideal político o religioso es difícil o imposible que lo haya en el individuo.

Para muchos el ideal va siempre unido a un candoroso optimismo. Hay muchas clases de optimismos: unos, respetables; otros, cómicos. En una capital de provincia de clima muy extremado un profesor del Instituto nos decía a varios turistas y a mí muy en serio:

—Antes este pueblo se ponía en evidencia con

sus temperaturas extremas; pero desde que yo estoy al cuidado del Observatorio no pasa eso.

El optimismo de la falsificación y de la mentira entusiasma a mucha gente. A mí no me ha entusiasmado nunca, aunque esté envuelto en una retórica fastuosa.

Al llegar aquí en mi disertación noto el carácter divagatorio que tienen todas las mías, y que ya no puedo refrenar fácilmente.

RASGOS DE CARÁCTER

Yo de chico era un tanto pesado de inteligencia, con una comprensión de ritmo lento, con poca o ninguna condición para lucirme. En la infancia tenía una buena memoria de cosas vistas, pero mala para palabras oídas. Después de hombre me ha pasado lo mismo. A veces me ha ocurrido conocer a una persona en un pueblo del extranjero, por tenerle al lado en un café, y al cabo de diez o doce años reconocerle y decir: "Este es aquel a quien solía ver hace mucho tiempo aquí o allá." Una condición de fisonomista así, ciertamente, no sirve para nada.

No pienso haber tenido otras facultades señaladas más que la buena vista y el buen oído. En lo demás era de una perfecta mediocridad, se tratara de Historia, de Literatura o de Matemáticas.

Los profesores tuvieron para mí predicciones poco halagüeñas. "Este es un cazurro" —dijo uno—. "No será nunca nada" —profetizó otro.

Indudablemente he sido siempre poca cosa.

Sentí en la juventud cierto entusiasmo por la verdad, después exagerado y convertido en norma de la existencia y del juicio. No pensaba de joven

consagrar la vida a la verdad, convirtiendo esta frase de Juvenal en lema doctrinario; pero sí pensaba, que fuera de la verdad no podía haber ciencia ni arte, ni satisfacción interior.

La frase de Protágoras leída por mí ya en la edad madura en las *Vidas de los filósofos ilustres*, de Diógenes Laercio, me pareció de una gran exactitud: “El hombre es la medida de todas las cosas; de las que existen como existentes, de las que no existen como no existentes.”

Yo hubiera aceptado como lema: La verdad siempre, el sueño a veces. La verdad como verdad, base de la vida y de la ciencia; la fantasía y el sueño en su esfera.

Este entusiasmo por lo verídico y la antipatía por el fraude constante terminan, a la larga, en la misantropía; el otro camino, de la contemporización, conduce a la hipocresía y a la vulgaridad.

Para manejarse bien es necesario un fondo de malicia, de sindéresis y de energía.

Yo no lo he sabido tener.

“La vida humana es como un juego de dados —ha dicho Terencio—. Si no se obtiene el dado que se necesita hay que saber sacar partido de aquel que ha caído en suerte.”

La empresa exige una habilidad no común a todos. Hay hombres que poseen desde niños el sentido de la orientación. Como las aves, tienen ese centro misterioso del caracol del oído interno que les dirige, ellos tienen algo parecido. Otros no poseen esta especie de brújula.

El hombre joven sin ese instinto maravilloso se agita siempre torpemente en el momento que no domina y en la ansiedad del porvenir que no conoce. Cuando falta habilidad y constancia y una trayectoria definida, a la torpeza natural se une la tendencia a la distracción y a la divagación. En ese caso es muy difícil aprovechar el tiempo. Se ignora el camino.

La falta de esa dirección interior impulsa a inventar pequeñas supercherías para tranquilizarse y legitimarse. El individuo tiende siempre a creerse un ejemplar único de la especie humana por sus cualidades y hasta por sus defectos. Quizá esta idea sea necesaria para vivir. Si cada hombre tuviera una idea exacta de su valor, el mundo se agitaría en la más completa desesperación.

En la adolescencia se está ante la vida con la ansiedad del espectador que asiste por primera vez a una función de teatro. ¿Qué pasará al levantarse el telón? —se pregunta—. Va a contemplar cosas extraordinarias a la luz de las candilejas.

Transcurrido el tiempo se sospecha si las pocas combinaciones conocidas serán las únicas; si no pasará nada nuevo. La idea es perfectamente triste.

También en la juventud se anda buscando, alojado e inquieto, una norma o una medida exacta para los hombres y para los acontecimientos hasta que se llega a pensar si no habrá tal norma ni tal medida.

La buena suerte hace creer en las normas y en las medidas casi exactas, como la salud hace pen-

sar al que la posee que son sus costumbres y sus conocimientos higiénicos los que le proporcionan tal beneficio.

El hombre de mala suerte o de mala salud se demoraliza y se hace fatalista y pesimista.

Entonces muchos se preguntan, como Segismundo, dirigiéndose a los cielos:

¿Qué delito cometí
Contra vosotros naciendo?

A esta pregunta nadie contestará con la afirmación del héroe calderoniano:

Pues el delito mayor
Del hombre es haber nacido.

No puede considerar el hombre de hoy un delito el haber nacido. Podrá serlo de sus padres, si acaso; pero no el suyo. La idea de un pecado original es muy fantástica para nuestro tiempo.

En mi juventud yo no quería creer que si la vida presentaba más dolores que placeres esto podía significar que estaba irremisiblemente perdida. No. Lo que consideraba indispensable era emplear la actividad en algo que no fuera solo el cuidado de los pequeños asuntos cotidianos. Tal pretensión se llama por algunos romanticismo, locura.

La vida es como un viaje de funámbulo en la cuerda floja y sobre el abismo insondable. Tiene sentido cuando se rige por el instinto y por la pasión. Cuando pretende ser completamente conscien-

te es cuando comienza a parecer rota, inconexa, contradictoria y hasta cómica.

Hecho tan viejo está representado en la Biblia por el simbolismo del árbol de la Ciencia y el árbol de la Vida y por la frase del Ecclesiastés: "Quien añade ciencia añade dolor."

En la mocedad no puede el existir tener sólo motivos racionales e intelectuales, y es lógico que el hombre se sienta solicitado por apetitos y por instintos.

Estas sollicitaciones, estas atracciones, que para los hindúes forman la mentira de la existencia, son el velo esplendoroso y lleno de colores de la ilusión que ellos denominan Maya. Tras del velo se ocultan las miserias y las enfermedades del tráfigo de la vida.

Quizá esto no importe gran cosa. Vivir el momento con alegría es mucho. Con un doctrinarismo fatal pesimista se puede encontrar la vida absurda si se quiere medirla con un sentido crítico absoluto. Yo creía de joven que el vivir, si no alegre, sería siempre digno del esfuerzo si se hallaba animado por la acción y hasta por la violencia.

Ciertamente no me preocupaba en la juventud la idea de si la vida era buena o mala; mi deseo consistía en emplearla en algo inmediato, en algo de acción y en parte de peligro. El vivir por vivir no me satisfacía.

Recuerdo que hice al acabar la carrera una memoria bastante mala en el doctorado de Medicina sobre el dolor. Defendía que la vida normal daba

una sensación de indiferencia ni dolorosa ni placentera.

El doctor San Martín, que estaba entre los examinadores, me preguntó:

—¿Pero usted no cree que andar, respirar, tomar el sol, es un placer?

—Para mí no lo es —le respondí yo—. Los días que no tengo más que esas ocupaciones de andar, respirar y tomar el sol prefiero pasarlos dormido.

El no sentir una afición marcada más que a vivir con alguna energía es una mala condición en tiempos pacíficos, en los cuales no pasa ni puede pasar nada ni hay lugar para los aventureros.

Este entusiasmo por las acciones violentas nacía en mí del temperamento y de la imaginación y de no tener ni desde chico ideas trascendentales ultraterrenas.

Llevaba, no sé por qué, dentro de mí un germen de pirronismo para todo lo que fueran idilios y dulzuras místicas.

Gracián dice, refiriéndose al hombre: “A obscuras llega y aun a ciegas quien comienza a vivir sin advertir que vive y sin saber qué es vivir.”

Luego añade:

“Bien supo la Naturaleza lo que hizo y mal el hombre lo que aceptó.”

El hombre no aceptó nada. En estas frases se nota la habilidad del escritor jesuíta y su hipocresía, porque unas veces dice la Naturaleza cuándo el sino es adverso, y otras Dios cuándo no lo es tanto.

No sabemos aprovechar bien los momentos buenos que nos da la existencia, y casi siempre los estropeamos, sobre todo en la juventud. El hombre hace como el niño: rompe el juguete que le divierte y luego se lamenta de haberlo inutilizado.

La vida es lo trascendental del hombre hasta que se acaba. Cuando se acaba, nada: todos los recuerdos, todas las glorias póstumas, no valen lo que vale un pedazo de pan para el hambriento.

Alejandro de Macedonia y su mozo de mulas, muertos, tienen la misma condición: o devueltos al principio generador de todos los seres del mundo o dispersados en átomos, dice Marco Aurelio.

El tumulto de la existencia turbulenta me atraía profundamente en la juventud; pero ¿dónde encontrarlo? En esa época me hubiera gustado tomar parte en acontecimientos extraordinarios, en empresas difíciles. Sin tener una idea filosófica clara me figuraba que la acción, la aventura, la guerra debían de ser una de las cosas más dignas del hombre. Si el caballo no era bueno, el jinete se creía valiente o, por lo menos, quería serlo. Deseaba que me pasaran cosas fuertes; pensaba que tendría energía para soportarlas.

En una acción rápida y de cierta importancia yo pensaba que sabría quedar bien; en cambio, sospechaba fallar en situaciones en que se necesitase un ánimo constante y persistente.

Se comprende que un soldado se desmoralice con más facilidad en la guarnición que en la guerra.

A mí me hubiera gustado tomar parte en acon-

tecimientos violentos; tener un aprendizaje de lucha y de peligro para probar el temple de mi espíritu; hacer viajes, exploraciones, y, a poder ser, conocer la guerra. ¿Dónde estaba la vida violenta? En todo lo que había a mi alrededor yo no veía más que estancamiento y gusto por lo sedentario.

En esas épocas estrechas, encanijadas y retóricas, tener cierta tendencia turbulenta es una desgracia. La fuerza que intenta desbordarse produce el repliegue sobre sí misma como el de un caracol asustado en su concha.

El observador superficial piensa: A este hombre le falta energía, pasión, y muchas veces le sobra; lo que le falta es táctica y persistencia.

Es mucho más difícil tener un espíritu de continuidad que un ímpetu pasajero. El que no tiene ese espíritu de continuidad se estrella. Perder teniendo como enemigo al tiempo neutro e indiferente es aniquilador. Tras de las ilusiones de la actividad perdidas se puede pasar de joven lleno de anhelos de todas clases y casi sin transición a hombre melancólico y a viejo sombrío y apagado.

En parte no se pierde mucho. En la vejez hay también sus compensaciones. El aburrimiento es menor que en la juventud; no hay deseos, no hay prisa. En la juventud se pasa de la inquietud al fastidio; son como los dos extremos en que oscila el péndulo de la existencia del joven. En el viejo, si no la ataraxia, hay un comienzo de tranquilidad.

Mis ideas en la juventud respecto a la acción y a la moral eran un tanto exageradas y doctrina-

rias. Aspiraba a que la vida fuese principalmente limpia. Mentir, engañar, intrigar me parecía entonces y me parece ahora poco digno.

Cuando oía hablar de las impurezas de la realidad como algo necesario protestaba interiormente. La realidad no puede ser impura —me decía—; será bárbara, cruel, pero no impura. Lo impuro es la hipocresía. Ese dualismo de la casa limpia y de la calle sucia no lo aceptaba de buen grado. Pretendía un juego leal y me preguntaba: ¿No es quitarle todo aliciente al juego el hacer trampas?

Gracián dice: “El jugar a juego descubierto no es de utilidad ni de gusto.” A mí me parece lo contrario.

También afirma el escritor jesuíta: “Sin mentir, no decir todas las verdades, y antes loco con todos que cuerdo a solas.”

Yo, por exageración de puritanismo, hubiera transformado la frase y hubiera dicho:

Aun mintiendo, decir todas las verdades. Y antes loco solo que cuerdo con todos.

Después he sospechado si el entusiasmo excesivo por la verdad será falta de sentido social e incompetencia para la convivencia humana.

Al hombre ansioso de la verdad le queda como un puritanismo indisoluble muy perjudicial a la larga.

En España y en los demás países latinos hay como un dualismo para todo en la literatura y en la vida corriente: espíritu y materia, realismo e idealismo, forma y fondo: Don Quijote y Sancho.

Algunos no hemos sentido ese dualismo pragmático y maniqueo, sino más bien una tendencia de monismo o de panteísmo biológico y moral, uno e indivisible. Quizá esa tendencia nos ha hecho marchar de tropiezo en tropiezo y de tumbo en tumbo.

La visión dualista de las cosas materiales o espirituales no es completa desde un punto de vista filosófico. Lo mismo pueden presentar estas cosas dos aspectos que tres o que diez. Seguramente presentarán más facetas a medida de la mayor comprensión del observador.

El dualismo en la existencia cotidiana tiene un aire de temporización y de hipocresía. Actitud galante con la mujer, si es guapa y rica; ordinario y desdén, si es fea y pobre; generosidad con el fuerte, mezquindad con el débil, respeto por el viejo prócer y desprecio por el viejo desdichado.

“Conocer los afortunados para la elección y los desdichados para la fuga” —dice Gracián, y añade—: “Nunca por la compasión del infeliz se ha de incurrir en la desgracia del afortunado.”

Todas estas frases de aire anticristiano nacen del dualismo moralista.

INFANCIA

De la infancia recuerdo vagamente el bombardeo de San Sebastián por los carlistas cuando vivía con mi familia en un hotel del paseo de la Concha y nos refugiábamos en el sótano por las granadas. También recuerdo el haber visto un cementerio abandonado, próximo a nuestra casa, con algunos cadáveres de soldados todavía con uniforme.

Después, ya pasada la guerra, al salir de la escuela, correteábamos por el puerto y saltábamos a las gabarras y a las lanchas. El domingo y los días de fiesta íbamos con mi madre al Castillo, al Macho, al paseo de los Curas y a la Batería de las Damas.

Por aquellos días, en la vecindad, en una casa del pueblo viejo, en el piso de encima del nuestro, donde vivía un matrimonio sin hijos, se desarrolló un drama que quedó truncado. El matrimonio comenzó a tener síntomas de envenenamiento. Hicieron cábalas de cuál podía ser la causa. Les asistía una mujer viuda. Se sospechó de esta mujer, criada o asistenta; la espionaron dos policías escondidos en la cocina y la vieron entrar y echar unos

polvos en la chocolatera. Los polvos eran un compuesto de mercurio. Se armó gran barullo en la casa. No se pudo averiguar qué motivo de odio tenía la envenenadora. Cuando la llevaron presa no se le ocurrió más que decir en vascuence: "Si lo hice ya lo voy a pagar."

Fué para mí aquella escena una entrada del folletín en la vida.

Otra de las impresiones grabadas en la memoria, con una gran energía, era la Nochebuena. Mi padre nos hacía un nacimiento con figuritas de papel, que a mí me gustaba mucho más que los de barro. Esa noche solían llegar los campesinos de los alrededores y cantaban en las escaleras de las casas villancicos en vascuence, acompañándose de panderos y de tambores. Al final de sus canciones, si les daban propina, comparaban a la dueña de la casa con la Virgen, y si no les daban nada, la llamaban vieja bruja.

Para mí, era ésta una de las impresiones más fuertes de la primera infancia. Aquel tumulto, los chillidos en la escalera de la casa, las voces roncadas, me daban la impresión de algo pánico y misterioso.

De San Sebastián fuí a Madrid con mi familia. Yo tendría ocho o nueve años; mi padre era ingeniero de Minas y estaba destinado al Instituto Geográfico y Estadístico. Vivíamos en la calle Real, más allá de la glorieta de Bilbao, calle hoy prolongación de la de Fuencarral. No me gustaba nada Madrid. Sobre todo de noche me inquietaba; la ca-

lle, el gentío me daban la impresión de algo siniestro y amenazador.

Enfrente de nuestra casa había un campo alto, no desmontado aún. Se llamaba en el barrio la Era del Mico. Tenía una serie de columpios y de tíosvivos. Las diversiones de la Era del Mico vistas de lejos, las calesas y calesines, los coches fúnebres, que pasaban por la calle, eran el entretenimiento mío y de mis hermanos desde los balcones de la casa.

Con un intervalo muy corto, hubo por entonces dos ejecuciones: supongo que en el campo de Guardias, la de los regicidas Otero y Oliva Moncasi; debieron pasar los reos por cerca de mi calle. Con este motivo oí yo, de chico, historias de verdugos, y vi vender la salve que cantan los presos al reo que está en capilla.

Una criada alcarreña nos contaba que a unos parientes suyos del pueblo les habían llevado a presidio por asaltar una casa. Mi madre decía, para tranquilizarnos:

—Aquí no podrían entrar, porque la puerta es fuerte, y, aunque arriba hay un montante, tiene rejas de hierro.

La criada replicaba:

—Estos hierros con un cortafríos se cortan en seguida.

Yo pensaba si el cortafríos sería algún aparato mágico y misterioso.

ADOLESCENCIA

De Madrid fui a Pamplona. Pamplona, en aquel tiempo, era un pueblo amurallado, cuyos puentes levadizos se alzaban al anochecer. Parte de la infancia y de la adolescencia la pasé en la capital navarra. Tenía esta ciudad un carácter un tanto medieval. Se cerraban las puertas de la muralla de noche y quedaban sólo dos abiertas; para salir había que contestar a la guardia de los portales, que daba el "¿Quién vive?"

Un amanecer marché con mi madre a la estación del tren para ir a las fiestas de un pueblo cercano. Mi padre nos acompañó. Al pasar por la Puerta Nueva, el grito inesperado del centinela, que nos mandó parar, me hizo una gran impresión. Nos detuvimos delante del cuerpo de guardia y salimos por un arco al campo, en donde comenzaba a clarear.

Entre nosotros los chicos, se desarrollaba una brutalidad y una violencia bárbaras.

Ahora, al pensar en ello, me sorprende. Quizá no tenía esto nada de raro. La mayoría de mis compañeros eran hijos o descendientes de voluntarios de la guerra civil, que tenían como norma

de la vida la barbarie y la crueldad. Se hacían mil brutalidades: se rompían los faroles de las calles, se apedreaba a los chicos de otras cuadrillas o del seminario, se tiraban piedras al palacio del obispo por un trozo de muralla que se llamaba el Redín.

Yo estuve un año en un colegio; luego me hice independiente y estudié o no estudié, pero cursé el bachillerato en plena libertad.

Había en el pueblo un antiguo dómine a quien apodaban Abadejo. Daba lecciones de latín en su casa. A su mísera academia llamaban los alumnos la Vela. Sin duda funcionaba de noche. Yo no recuerdo si lo vi alguna vez o lo supongo, pero me figuro al dómine vestido de negro y con un gorro también negro en la cabeza.

Al entrar en el Instituto nuestra preocupación era ser calaveras y atrevidos. Ibamos a una churrería negra y llena de humo de la calle de la Curia, bebíamos aguardiente *mata ratas*, fumábamos, jugábamos los cuartos en los cafés y nos mostrábamos lo más fanfarrones posible.

Debíamos de parecer todos crías de don Félix de Montemar, el Estudiante de Salamanca, de Espronceda. Había leído por entonces este poema, por eso lo recuerdo. Yo, como más que a don Félix me hubiera gustado parecerme a Robinsón Crusoe, iba muchas veces al anochecer al paseo de la Taconera, me subía al árbol del Cuco, fumaba en pipa, lo que me mareaba, y soñaba en una isla desierta.

Hice también fantásticas excursiones por el te-



jado de casa y por el de las casas de los alrededores mirando los desvanes y asomándome a los patios.

Allí, en Pamplona, conocí de vista a tipos curiosos y célebres: a don José Zorrilla, que fué, según dijeron, a pedir dinero a casa de la señora del doctor Landa, de la familia de don Diego León, que vivía en nuestra vecindad, en la calle Nueva; a un hermano de Maceo, que estaba deportado en la Ciudadela, y a don Tirso Lacalle, el Cojo de Cirauqui, guerrillero liberal de la última guerra carlista. Conocí también a otras celebridades populares: a Gayarre, a Sarasate, a Lagartijo y a Frascuelo, pero éstos no me interesaban.

Una de las impresiones para mí de las más grandes fué el saber que un discípulo mío, al parecer voluntariamente, se había tirado de la muralla y había muerto destrozado al pie. Fuimos corriendo al lugar y pudimos contemplar sus restos cubiertos con una manta.

Vi también pasar por delante de mi casa, en la calle Nueva, a un reo de muerte, a quien llevaban a ejecutar en la Vuelta del Castillo, ante un baluarte de la muralla próximo a la puerta de la Tacонера. Iba el reo en un carro, vestido con una hopa amarilla con manchas rojas y un gorro redondo en la cabeza. Marchaba abrazado por varios curas, entre largas filas de disciplinantes con sus cirios amarillos en la mano. Cantaban éstos responsos mientras el verdugo caminaba a pie detrás del carro, y tocaban a muerto las campanas de todas las igle-

sias de la ciudad. Luego, por la tarde, lleno de curiosidad, sabiendo que el agarrotado estaba todavía en el patíbulo, fuí solo a verle y estuve cerca contemplándolo. Al volver a casa no pude dormir, con la impresión, y el recuerdo me duró mucho tiempo.

En esa época de estudiante del bachillerato tenía yo, como los demás chicos, poco dinero; en las familias modestas se daba a los muchachos unos céntimos los domingos. A los cuatro o cinco años de estancia dejé Pamplona. No pude tener esas amistades comenzadas de niño, creadas lentamente y que a veces pueden resistir las diferencias de temperamento y de ideas que se manifiestan después con la edad. Al cambiar de sitio, donde se vive, sobre todo en la infancia, se cambia también de amigos. Todo ello, con los años, va empujando al aislamiento y se tiende a sentirse entre la gente un solitario, sino como un verdadero Robinsón en su isla desierta, como un falso Robinsón en el árbol del Cuco.

DE ESTUDIANTE

En el período de estudiante yo no conocía la manera de estudiar ni siquiera la de leer con provecho. Hay una manera de estudiar para lucirse en un examen, hay otra forma de estudio que nutre el espíritu. Yo no llegaba a poseer ninguna de las dos. Hubiera deseado practicar la primera, porque tenía, como he dicho, pocas condiciones para destacarme.

Que la enseñanza estuviera entonces hecha a base de trozos aprendidos de memoria no puede chocar; en casi todas partes sucedía lo mismo, pero que a lo largo del Instituto y de la Facultad no se encontrara alguien capaz de inculcar unas ideas claras y fundamentales parecía más raro. Así se podían dar estudiantes, y yo los he conocido, que en el doctorado de Medicina no tuvieran un concepto de los cuerpos simples o no hubieran oído hablar jamás de la teoría de Copérnico.

La cultura fué en España en el siglo XIX muy deficiente. La antigua, a base de humanidades y de clásicos, se había eclipsado; la moderna, la científica, no llegó a tener una vida lozana.

La mayoría de los españoles no tienen la costum-

bre de leer libros. Hay lectores buenos y malos; los buenos son muy pocos. Yo, de joven, he leído siempre atropelladamente, saltando líneas, buscando el diálogo si se trataba de una obra novelesca. Sólo ya muy tarde he podido leer despacio palabra por palabra.

Conocí algunos muchachos a quienes pasaba lo mismo. No les volví a ver después; no sé si fueron del todo torpes o no. Se ve cómo la pedagogía no se ha perfeccionado. Casi todas las cuestiones que preocupaban a Huarte de San Juan, y de las cuales habla en su *Examen de Ingenios* en pleno siglo XVI, no se han resuelto aún.

El criterio para la educación moral no estaba ni está todavía resuelto. Habría que saber primero cuál es el fin de esa educación y después que la mayoría estuviera de acuerdo en él. Habría también que conocer procedimientos de eficacia psicológica hoy desconocidos.

La naturaleza moral, en el transcurso del niño al hombre, da grandes sorpresas.

Yo he conocido algunos jóvenes, atravesados, de malos instintos, embusteros, sin palabra, que al hacerse hombres y vivir en sociedad y trabajar, se han convertido, al menos en apariencia, en tipos normales y corrientes; en cambio, otros, naturalmente cándidos y bien intencionados de chicos, nos hemos ido agriando y haciéndonos esquinudos y atravesados con el trato social y con la vida.

No creo yo que el hombre sea definitivamente bueno ni malo. Los resortes de la ética se desco-

nocen. Mientras no estén bien aclarados y no se sepa lo que influye en ellos, la pedagogía será perfectamente inútil. Como el hombre es muy viejo en el planeta, quinientos mil, seiscientos mil años del período prechelense a hoy, según algunos antropólogos, tiene que haber entre los hombres actuales representantes de los períodos desde esa época acá. Tener para todos la misma pedagogía es un absurdo doctrinario.

La idea de la igualdad en la educación es consecuencia de las utopías modernas de los derechos del hombre y de otras proposiciones sentimentales poco científicas.

Uno de los fenómenos muy corrientes en el joven no atrevido y poco sociable, al menos en mí se dió, fué el quedar achicado con la fama de torpe y de no inteligente. La mala fama inicial le sigue al chico como la sombra. Esto pasa con frecuencia al que va a una tertulia y no sabe decir una palabra a tiempo, o, si la dice, es una inoportunidad. La pobre opinión dejada por primera vez le encoge el espíritu y luego no sabe borrar la impresión producida en los demás y conquistar un nuevo terreno. Es necesario cambiar de ambiente para sentirse un poco ágil.

A mí me pasó, en parte, esto. En las clases no supe decir la palabra a tiempo. Luego, ya mucho más tarde, en el terreno literario, fuí algo más feliz; demostré cierta tenacidad intermitente. Dentro de cualquier disciplina científica hubiera actuado con la misma tenacidad intermitente puesta

en la literatura; pero la literatura en general es un camino que se abre uno solo y sin medios, y la ciencia necesita medios y una ayuda adecuada en los primeros pasos.

Cuando cursaba Medicina sentía una vaga afición a la Fisiología; no sé si esta afición la hubiera podido desarrollar y conseguir que fructificase. De todos modos, no tuve medios de ver si mi afición podía desarrollarse o no. ¿A quién dirigirse? Si un estudiante le hubiera dicho al profesor: "Yo tengo afición a esto", el profesor se hubiera reído o hubiese creído una habilidad o una martingala.

LA PUBERTAD

El despertar de la pubertad en una de nuestras ciudades levíticas era algo grave. Lo seguirá siendo aún, seguramente, aunque quizá no tanto.

Al llegar a ese período hay que inocularse con varios virus para reaccionar normalmente; vacunarse para las alergias de la vida psíquica. Si se resiste a estas inoculaciones se queda uno inadapitado para siempre.

Muchos románticos, como si no hubiesen leído más que novelas de Biblioteca Rosa y hubiesen pasado la vida metidos en un fanal, quieren creer que los amores fáciles y alegres asaltan al hombre en su juventud, quien tiene que defenderse enérgicamente de ellos. Yo esto no lo he visto en ninguna parte, y menos en España. En mi tiempo había que ir al vicio con más vocación, más energía y más constancia que al trabajo. Los amores fáciles, al menos en España, son literatura.

La pubertad no es edad alegre; es edad de turbulencia y de tentación. Se siente la sensualidad en el ambiente. Atrae el vicio o lo que se llama vicio, y como hay pocos capaces de marchar hacia él

con valor se buscan las malas compañías. Así, nosotros tendíamos a ir a cafés y a billares donde se reunían estudiantones y sargentos calaveras y a hacernos amigos de ellos. Había que pasar por zonas fangosas para llegar después, según la opinión, a un ambiente más limpio y más tranquilo. Se necesitaban guiones.

Probablemente aquellos compañeros, considerados como corridos, eran tan tímidos como los demás; pero fingían una seguridad, una habilidad y una depravación que tampoco tenían.

Estas zonas fangosas de la juventud, unos las atraviesan con pie firme; otros, con pie tembloroso, según su energía o su fuerza.

La sensualidad en la capital de provincia, un tanto clerical y levítica, vibraba en el ambiente. Se oían historias eróticas terribles y se creía el mundo más sucio, más libidinoso de lo que es.

Los días de Cuaresma, cuando las mujeres iban de traje negro y mantilla a los ejercicios espirituales de alguna iglesia y luego, en Semana Santa, a las procesiones, le parecían a uno más bien sacerdotisas de un culto misterioso de Venus Afrodita que devotas de un cristianismo severo y triste. Este era el anverso atractivo de la sensualidad.

A veces, al anoecer, se veía paseando por las afueras, como apestadas, dos o tres mujeres pálidas, acompañadas de una vieja, con una mirada cínica y suspicaz. Este era el reverso, la parte negra de la sensualidad. La iniciación en la vida erótica era algo triste y repulsivo.

La actitud individual ante esos oscuros problemas de la pubertad era distinta.

Hay gente que alimenta una llama constante, otros arden de prisa y se quedan pronto consumidos.

Nadie sabe si estos problemas de la vida erótica se pueden resolver de una manera limpia y decente; por ahora no se vislumbra la solución. Muchos creen que nada se puede cambiar; otros toman por soluciones utopías irrealizables.

La moral no debe estar en contra de la Naturaleza —dicen estos utopistas—; pero lo que debe ser no nos interesa tanto como lo que es, y por ahora no hemos visto que la vida del individuo en sociedad esté basada íntegramente en la Naturaleza.

La ansiedad erótica nunca hubiera sido tan grande si la imaginación hubiera estado ocupada en algo intenso y fuerte en que pensar y realizar. Esto faltaba más que nada. La juventud se mueve como un péndulo entre la ansiedad y el fastidio, y el fastidio es consecuencia casi siempre de la inacción.

LA INACCIÓN Y LA REBELDÍA

La inacción es algo terrible para el joven. En la vejez, el no tener ocupaciones es a veces agradable y se puede dejarse vivir al sol como un animal o como una planta; pero cuando las fuerzas del organismo y del espíritu están en tensión el pensar: Nada tengo que hacer. No hay obra en que pueda colaborar, es algo desesperante. El comprender tal imposibilidad conduce a vivir con avidez en la vida refleja de la literatura.

Yo desconfío de los que actualmente no necesitan de esta vida, muchas veces falsa y perjudicial en la práctica. Si le oyera decir a César o a Hernán Cortés: No he leído novelas, diría: Es evidente, no las ha necesitado pero cuando oigo a un señor corriente y vulgar que dice con suficiencia: Yo no he leído novelas, pienso: Este señor no es que esté por encima, sino que está por debajo del que lee.

Naturalmente, yo no soy de los que sienten desdén por la literatura de entretenimiento; por el contrario, el hombre imaginativo capaz de inventar historias que puedan divertir a la gente me parece

un hombre superior. Los escritores de nuestra época que han dado como la más excelsa de las literaturas la de los párrafos retóricos me parece que demuestran una fantasía pobre y mezquina.

Socialmente, el hombre que es capaz de entrete-ner y divertir con sus libros es un ser que produce un enorme beneficio al viejo, al enfermo, al que no puede salir de casa, y se consuela leyendo.

De joven y sin cultura no iba a forjarme yo un concepto, una significación y un fin de la vida, cuando flotaba y flota en el ambiente la sospecha de si la vida no tendrá significación ni objeto; pero sin proponérmelo y sin hacerlo de una manera expresa, marchaba a seguir la máxima del poeta latino: "Coge la flor del día sin pensar demasiado en la de mañana."

Yo tenía en la juventud cierta rebeldía; pero era más bien una rebeldía forzada que otra cosa. No he pensado espontáneamente en ser rebelde por gusto. La rebeldía no me ha agradado nunca, me ha parecido vanidad y presunción. Soy más partidario de la disciplina; pero cuando la extravagancia y el capricho reinan, la rebeldía salta sin querer. Someterse a una disciplina lógica y cumplirla estrictamente, aunque sea *perinde ac cadaver*, me parece admirable, una prueba de superioridad humana. Disciplina para todos, para el que manda y para el que obedece.

Ahora, dejando a un lado la divagación y el comentario, vuelvo a los hechos.

Recuerdo haber vuelto a Madrid en el verano

en que se estrenó la *Gran Vía*. Para muchos madrileños del tiempo esta época debió de ser un hito de su existencia.

Los chicos en el Instituto de San Isidro, donde yo estudié el último año del bachillerato, cantaban la jota de los Ratas y la canción de la Menegilda en los claustros del viejo colegio de los jesuitas.

Muchas veces íbamos a hacer novillos a la parada de Palacio y otras a las rondas y a los alrededores del Rastro a oír a los charlatanes ambulantes y a ver cómo los granujas engañaban a los paletos con el juego de las tres cartas.

Un día, con algunos condiscípulos, fuimos por la mañana hacia la Moncloa y vimos sobre la tapia de la Cárcel Modelo a los tres reos ejecutados del crimen de la Guindalera: en medio una mujer y a los lados dos hombres.

Años después vi con otro compañero cómo agarraban en el mismo sitio a la Higinia Balaguer, protagonista del crimen de la calle de Fuencarral.

LAS CARRERAS

Por ese tiempo empezaba yo a estudiar Medicina. En casi todas las familias de la clase media, a consecuencia del individualismo de la época, existía la idea de que el porvenir de sus hijos estaba en las profesiones liberales, es decir, en las carreras. Se rompía con esto la continuidad de la profesión familiar, tan característica de otros tiempos y, sobre todo, de la Edad Media.

Desde la mitad del siglo XIX había comenzado la producción exagerada de licenciados y de doctores. Después ha tomado proporciones absurdas y monstruosas. No se comprendía que una carrera, terminada con poco entusiasmo y no teniendo alguien de la misma profesión en la familia que pudiera ayudar al principiante, no era nada o casi nada.

Se tenía cierto desvío por el comercio y por la industria, no solamente por una idea de categoría, sino porque el comercio y la industria exigían capital y la carrera no lo exigía. Además, entonces para comenzar estas profesiones comerciales había que entrar a barrer la tienda, y a las familias

de la clase media no les podía hacer gracia ver a sus hijos dedicados a tan humildes menesteres.

La afluencia de todo el mundo a las Universidades, Facultades, seminarios y escuelas especiales nos ha permitido ver en este último tiempo abogados de cobradores de tranvía, ingenieros de mecánicos en los garages y médicos y curas de guardias de asalto.

Yo, por exclusión de profesiones que no me gustaban, decidí estudiar Medicina.

Cursé parte de la carrera en Madrid y parte en Valencia. En el preparatorio de Medicina teníamos profesores muy viejos: Torres Muñoz de Luna, Pérez Arcas, Orio; después, también, algunos muy viejos, como Calvo y Martín, en el doctorado.

Entre nosotros los que nos disponíamos a estudiar Medicina existía una tendencia a espíritu de clase un poco cómica, consistente en un común desdén fanfarrón por la enfermedad y por la muerte, en cierto entusiasmo por la brutalidad quirúrgica y en un gran desprecio por la sensibilidad. Así, eran frecuentes las bromas macabras en la sala de disección.

En la carrera fuí, como en el bachillerato, un estudiante bastante malo. Solíamos con frecuencia hacer novillos dos amigos y yo, y de San Carlos íbamos al Retiro y a los altos del Observatorio a charlar de todo lo divino y lo humano. Las asignaturas no se estudiaban bien. En los años primeras que cursé en Madrid había entonces algunos profesores de grandes conocimientos, por ejemplo:

don Federico Olóriz, que hizo un libro sobre la distribución geográfica del índice cefálico en España de los más serios y fundamentales, lo cual no le quitaba el ser demasiado adusto, inútilmente, con los estudiantes.

Había otros profesores excesivamente literarios, como Letamendi. Letamendi se creía hipocrático. No creo que fuese de la cantera de Hipócrates ni de la de Virchow o Pasteur. No era su fuerte la observación. Quizá se hubiera destacado en la mala época de la Medicina en que predominaban los Cardan, los Agrippa y los Paracelso.

Yo dije siempre que la obra de Letamendi como filosofía no tenía valor y que tampoco la tenía como preparación para el estudio de la Medicina.

La patología general no es una ciencia organizada ni exacta, parecía decir Letamendi; no vale, pues, la pena de explicarla. Podía haber añadido, dirigiéndose a sus discípulos: A ustedes les convendría saberla; pero como a mí no me divierte hablar de ella, no lo hago y la substituyo por mis fantasías. Entre estas fantasías había una fórmula de la vida, bastante aparatosa y vacua, que no sé si sería buena para los hotentotes, pero que para un español modesto no era nada.

Con relación a este catedrático, repito lo que decía antes: Disciplina para todos, para el profesor y para el discípulo.

En mi tiempo Ramón y Cajal no estaba aún en la Facultad de Madrid.

Don Benito Hernando, profesor de Terapéutica,

era un maniático y un atrabiliario. A mí me distinguía, como a otros varios, por su antipatía. Sabiendo que era vascongado hablaba mal de los vascongados en clase, mirándome con intención sarcástica, hasta que yo le hice una observación que le pareció una impertinencia.

A otro condiscípulo don Benito le mortificaba por sus polainas grises y su gabán claro, como si él tuviera que ser el árbitro del traje de sus discípulos. No sólo se mostraba agresivo con nosotros, sino también con gentes de más representación. En aquel curso una tarde se presentó en el laboratorio de terapéutica el médico Tolosa Latour con el profesor francés Dujardín-Beaumetz, que yo no sé lo que hizo, pero que sonaba entonces como patrocinador de alcaloides y remedios nuevos. Hernando le saludó con muy mal gesto, se puso muy rojo, le dijo en latín que la terapéutica de los alcaloides le parecía pura industria, y llevándole a un armario con muestras de quina le aseguró que para él estaba allí la verdad.

Los alumnos presenciábamos con cierto asombro la escena y el aire desolado de Tolosa Latour ante un recibimiento así.

Cuando el profesorado de una Facultad es un poco de manicomio no es difícil que los discípulos tomen aire de cretinos.

Muchos profesores de este tipo hemos conocido que no podían vivir de geniales y cuya genialidad principal consistía en las melenas, en los chalecos y en los sombreros.

Todas las capitales de provincia han tenido su Letamendi de segunda y de tercera o de cuarta clase entre médicos, profesores, abogados y periodistas.

Los españoles podían estar hartos de estas genialidades teatrales e histriónicas y el Gobierno no permitir que el profesor, pagado por él para enseñar una ciencia o un idioma, se dedicara a contar cuentos o a hacer chistes; pero los españoles admiran las fantasménadas y a los fantasmones y los gobiernos sin duda también.

Los profesores que conocí en Valencia no eran tan arbitrarios como los de Madrid. Allí viví con la obsesión de la tuberculosis cuidando a un individuo de la familia que padecía esta enfermedad.

En general, la mayoría de los estudiantes concluíamos las asignaturas sabiendo muy poco. Nadie se ocupaba en serio de nuestra preparación científica. Cada uno tiraba por donde le parecía. Estuve yo, con alguno de mis compañeros, en un curso de enfermedades que daba un médico en el sombrío Hospital de San Juan de Dios, de la calle de Atocha. Este médico, el doctor Cerezo, con sus patillas a la rusa, escribió una sifiliografía, bastante grotesca, en verso. Trataba bastante mal a las pobres enfermas recogidas allí y se sentía nacionalista, militarista y quería conquistar el peñón de Gibraltar con el submarino Peral. Acudimos a estas conferencias más por curiosidad malsana que por espíritu científico o práctico.

La primera vez que fuí al Hospital General me

chocó el ver a un hombre de quien he hablado en varias partes: el hermano Juan.

Este hombre, cuya procedencia se ignoraba, andaba vestido con una blusa negra, alpargatas y un crucifijo de cobre colgado al cuello. Dormía en una barraca hecha de tablas que había en un callejón entre San Carlos y el Hospital Clínico. El hermano Juan cuidaba por gusto de los enfermos más contagiosos. Era, al parecer, un místico, un hombre cuyo centro natural era la miseria y el dolor.

Hace dos o tres años volví a hablar en un periódico de este tipo misterioso de tan extraño carácter, y el doctor Marañón me envió una carta haciendo aclaraciones a mi artículo y precisando el tipo de psicopatología sexual del hermano Juan.

Nuestra vida de estudiantes era la vida corriente del estudiante pobre. Don Ramón Torres Muñoz de Luna nos decía en su clase de Química con cierta solemnidad: "Viven ustedes en un ambiente demasiado oxigenado." Yo no veía el oxígeno por ninguna parte.

Nuestras costumbres no eran, ni mucho menos, del bajo imperio. Los sábados íbamos al café, y como uno no estaba acostumbrado a tomar un vaso grande de café con leche, probablemente con achicoria, poco después de cenar, o una botella de cerveza, con frecuencia algo de esto le hacía a uno daño o no le dejaba dormir. Después del café solíamos ir al teatro, al paraíso, a las últimas funciones, por horas, y también a los cafés cantantes a ver el zapateado violento de una bailaora o a oír

los jipíos de algún cantador gordo y ridículo. Si lo de la calle no era espléndido ni pomposo, lo de casa, desde este punto de vista, no era mejor.

Ahora, por lo que veo en algunas familias, los jóvenes tienen su cuarto de estudio. En mi tiempo no había eso. La instalación de la clase media era un poco mísera. Los chicos estudiaban en el comedor ante la luz del quinqué de petróleo y a veces de la candileja de aceite.

Las casas tenían entonces pocas comodidades. No había cuartos de baño, pocas estufas y mucho menos calefacción central; se leía y se escribía en el rigor del invierno al calor del brasero.

La luz eléctrica ha influido mucho en la vida y sobre todo en las ideas de la gente. En uno de aquellos clásicos comedores de hace más de cuarenta años, con su papel un poco ajado, con alguna estampa o algún cromo en las paredes y su lámpara mortecina y triste, no se podían tener más que ideas descentradas y románticas.

En las calles de las ciudades ha sucedido lo mismo, y los focos de luz eléctrica han disipado muchas nieblas y obscuridades de la cabeza de los hombres. Recuerdo haber ido a París a final del siglo XIX. En casi todos los hoteles del barrio Latino se usaban todavía velas y lámparas de petróleo, y, como correspondiendo a esta iluminación, había bohemios y tipos extravagantes y misteriosos. Años después, al dominar la electricidad toda la fauna rara y absurda, desapareció de las calles

parisienses como las lechuzas y los buhos a la luz del sol.

En esa época de estudiante de que hablo era yo un sectario; me sentía republicano intransigente. Creía que una revolución como la francesa era un espectáculo indispensable en todos los países, y un poco de terror y de guillotina me parecía una vacuna necesaria para los pueblos.

Pronto dejé el credo republicano y evolucioné hacia el anarquismo.

Mi anarquismo era un anarquismo schopenhaueriano y agnóstico, que se hubiese podido resumir en dos frases: No creer, no afirmar.

Schopenhauer fué el primer autor de obras de filosofía importante que leí. Después leí otros filósofos, pero ya no me hicieron tanta impresión.

Al comienzo de mi juventud me sentía un tanto filarmónico. Iba con relativa frecuencia los sábados al paraíso del teatro Real. Algunos estudiantes, la mayoría de ingenieros y de arquitectos, se mostraban entusiastas de la ópera y de los divos; aplaudían con fervor a Gayarre, a Stagno, a Tamagno y a la Nevada. Ya por entonces comenzaba la época en que se discutía fieramente sobre las óperas de Wagner y se ponía en ello tanta o más pasión que en las cuestiones políticas.

Yo fuí algo aficionado a la música y a oír en los cafés sonatas de Beethoven y de Mozart y trozos de Wagner. Después, por cierto desdén por todo lo que no tuviera un carácter filosófico y trascendental, me hice hostil a los cafés, a los teatros y

a la música. Años más tarde solía ir a las funciones del género chico. Esto último lo conocí, más que de estudiante, en mi época de ensayos de pequeño industrial, cuando ya disponía de algún dinero. Entonces también pude curiosear en los bailes de máscaras, que me parecieron enormemente aburridos, y acudir a teatros importantes y a los jardines del Retiro.

LAS LECTURAS

Los estudiantes no leíamos apenas la literatura contemporánea, más que nada quizá, porque los libros nuevos recientemente publicados nos parecían caros y lo eran para nuestro bolsillo. Algunos libros corrían de mano en mano, casi siempre traducciones u obras publicadas en folletín en algún periódico. La literatura clásica se desconocía en absoluto. Creo que no conocí a ningún compañero mío que hubiese leído de verdad el *Quijote*.

Los aficionados a leer éramos frecuentadores de librerías de viejo.

Recuerdo haber comprado novelas famosas en traducciones españolas por entregas. Algunos lectores las leían sin duda en la cama, y al apagar la vela con el cuadernillo dejaban marcada en la página un círculo de sebo de la bujía. Yo frecuentaba mucho las librerías de viejo, y he escrito varias veces sobre la geografía de éstas en las calles de Madrid. Conocí a un tal Laviña, cerca de la plaza de Santo Domingo, con una tienda en un sótano, para llegar al cual era necesario bajar unas escaleras, y que estaba próximo a un horno de ha-

cer bollos. Este Laviña era un hombre alto, grueso y rojo; vendía muchos libros, algunos pornográficos, a precios ínfimos. Había un librero pequeño, rubio y desmedrado en una covachuela de la iglesia del Carmen, anticlerical y volteriano furibundo; el asturiano Pepín, que estuvo muchos años en un puesto de San Luis y luego en la plaza de la Bolsa, el invierno siempre envuelto en la capa y que apenas sabía leer; había un viejo en un esquinazo de la calle de Capellanes; Rico, en la travesía del Arenal, y un manco, empleado suyo, enfrente; Viñas, en la calle de la Bola, que solía contar sus anécdotas de cuando era sargento en Cuba; Iravedra, que tenía al mismo tiempo que la librería de la calle del Arenal un puesto en frente, en un ángulo de la casa de Oñate, y muchos otros librereros en la calle del Horno de la Mata.

Algunos me preguntaban por qué no iba a leer a la Biblioteca Nacional. Ciertamente que existía este Centro de cultura en la actual calle de Arrieta, que entonces se llamaba de la Biblioteca; pero no se nos dejaban libros literarios, por orden del director Tamayo y Baus, y al último tampoco se nos permitía la lectura de revistas ni de periódicos, por el motivo de que tenían folletines. Eran cómicas estas prohibiciones ordenadas por un literato: una manifestación de la arbitrariedad española.

Yo leí en la juventud todo lo que cayó en mis manos, principalmente novelas, sin fijarme gran cosa en si el autor tenía fama o no.

Después, entre los treinta y los cuarenta años,

noté que las obras literarias más importantes de la humanidad no las conocía aún. Entonces pensé si no hubiera sido mejor, en vez de devorar los cientos o miles de libros que habían pasado por mis ojos y por mi cabeza, leer, como los antiguos, cinco o seis obras bien.

Algunos amigos y compañeros me preguntaban: “¿Para qué leer tanto? ¿Eso para qué sirve? Hay que pensar en lo inmediato, en vivir, en comer.” Yo seguía leyendo todo cuanto caía en mis manos, sin objeto práctico, a veces también pensando que encontraría a la mejor ocasión algo útil.

No leí en mi juventud más que dos autores de filosofía. Primero, como he dicho, a Schopenhauer; luego a Kant, a quien no entendí más que muy fragmentariamente. Los libros de estos dos autores constituyeron todo mi bagaje filosófico.

La lectura de Schopenhauer me produjo cierta curiosidad por la vida de Buda y por sus doctrinas. Encontré dos o tres libros que hablaban de él, y sentí por el asceta de la Bactriana, no sé si mítico o real, un verdadero entusiasmo.

La idea brahmánica de las encarnaciones sucesivas y de las transmigraciones eternas la encontraba desagradable. El cortar estas fantasías, que debían mirarse por algunos con horror en el tiempo de la vida del príncipe de Kapilavastu con el ideal del Nirvana, con la muerte absoluta, me pareció admirable. Durante algunos años me sentí simpatizante del budismo. Esto encajaba también en mi tendencia anarquista.

No sentía lo que se llama por los filósofos, sobre todo kantianos, la moral eudomonista, es decir, la moral utilitaria. Me parecía y me sigue pareciendo la verdadera moral, la moral pura, la que no tiene ninguna finalidad social ni ningún interés positivo.

Era un tanto kantiano sin haber entendido más que algunos puntos de las obras de Kant.

Al anarquismo crítico, el pesimismo y un poco al budismo unía una marcada tendencia a la vagabundez.

No tenía yo condiciones para ganar dinero, y pensaba y temía que no las iba a tener nunca.

El que ha podido vivir en casa de sus padres sin dinero se acostumbra a considerarlo tan superfluo para los usos de la vida, que los primeros cuartos que tiene quiere gastarlos en viajes, en cuadros o en alguna otra fantasía por el estilo. Me faltaba a mí el sentido instintivo espontáneo de la ganancia, que es un sentido social y conservador. Muchas veces me proponía intelectualmente, como una consigna: Hay que ganar dinero. Como de estudiante pensaba estudiar y no estudiaba, de hombre quería ganar y no ganaba.

Se me escapaban las ocasiones. En eso he sido como el mal cazador, que se pregunta cuando tiene que disparar: "¿Será ahora? ¿Esperaré?" Mientras tanto la presa desaparece. El buen cazador dispara cuando es necesario y sin pensarlo. Yo estaba siempre distraído con cualquier fantasía para poder hacerlo.

LAS IDEAS POLÍTICAS

Por los años en que yo era estudiante se intensificaron en España las luchas sociales y comenzaron a actuar con energía y a manifestarse con hostilidad mutua el socialismo y el anarquismo. Yo me sentía, como he dicho, anarquista, partidario de la resistencia pasiva recomendada por Tolstoi y de la piedad como lector de Schopenhauer y como hombre inclinado al budismo.

No fui nunca simpatizante de las doctrinas comunistas. El dogma cerrado del socialismo no me agradaba. Tampoco cogí del anarquismo su pretendida parte constructiva. Me bastaba su espíritu crítico, medio literario, medio cristiano. Después reaccioné contra estas tendencias y me sentí darwinista y consideré, como espontáneamente consideraba en la infancia, que la lucha, la guerra y la aventura eran la sal de la vida.

Nunca he podido suponer una armonía colectiva más que con la autoridad, es decir, con la violencia. Lo natural no es social; lo natural se tiene que transformar y cambiar para hacerlo sociable. De aquí la pobreza del anarquismo constructivo. Este

me pareció y me sigue pareciendo la doctrina más providencialista de todas las utopías sociales.

Para mí, antes y ahora, el anarquismo no ha sido más que una crítica de la vida social y política, un liberalismo extremo.

Además de este carácter me hicieron encontrarlo estimable la defensa individual y el sentimiento de piedad. La mecánica del comunismo libertario, antes y ahora, me pareció palabrería vana, y el libro de Kropotkin, *La conquista del pan*, que en mi tiempo tuvo gran fama, se me figuró siempre cándido, falso y vulgar.

Respecto al comunismo puro autoritario fui hostil a él por temperamento y por ideas. Pensar que un hombre o un grupo de hombres pueden saber lo que le conviene al mundo entero me parece una prueba de petulancia y de osadía verdaderamente repulsiva. La misma tendencia mesiánica de suponer un paraíso en la tierra se me figura ridícula y desagradable. Como diría un amigo un poco chusco, he sido enemigo particular de los paraísos.

Con relación al materialismo histórico que encierra la interpretación materialista de la Historia no creo que sea éste lo mismo que el científico. El materialismo científico, cuando es verdadero, no es más que una consecuencia estricta de las ciencias físiconaturales y de las biológicas.

El materialismo, unido con el determinismo, es un postulado científico que lleva con él una dieta del pensamiento; mientras no pase los límites de sus conocimientos y de sus datos es la más exacta, la

más juiciosa y la más probable de las teorías. Se basa en todo lo que está ya comprobado, en aparatos perfectos en su género, en observaciones exactas, en hipótesis admisibles. El materialismo científico rige en todos los laboratorios. Cuando el materialismo salta de su esfera conocida a la desconocida y quiere explicar lo inexplicable, entonces se hace un sistema tan fantástico y tan inseguro como todos los demás; pero mientras queda en los límites de lo relativista, es una práctica fecunda. Cuando quiere marchar a lo absoluto y dejar su natural agnóstico ya no vale nada, porque ni siquiera sabe nadie lo que es en su esencia la materia. Ni el átomo ni los electrones son una realidad, sino una explicación hipotética.

El materialismo científico no hace más que relacionar fenómenos conocidos y buscar su causa próxima. Esta relación de causa a efecto de hechos homogéneos, colocados en el mismo plano, es su misión. El materialismo científico verdadero huye de explicaciones absolutas y no puede alcanzar más afirmaciones que las relativas.

Así Newton, al formular la ley de la gravitación universal, no la dió como una verdad absoluta, sino como la norma corriente con la que se producen los fenómenos, sin pretender llegar a causas primeras inasequibles para el hombre.

Pasteur solía decir: "Cuando entro en mi laboratorio dejo mis creencias a la puerta; cuando salgo, las vuelvo a tomar." Es decir, que en el laboratorio era determinista, materialista; luego, en la

vida, no. Esa es la actitud verdadera del hombre de ciencia.

¿Cómo se puede equiparar el materialismo científico con el histórico de los socialistas, que quiere sacar sus consecuencias fijas y categóricas del conjunto obscuro heterogéneo y mal conocido de la Humanidad?

El materialismo histórico económico de los socialistas no es igual al científico ni tiene nada de común con él más que el nombre. Por la interpretación materialista de la historia se quiere demostrar que las sociedades humanas no se han movido más que por intereses materiales prácticos, lo cual no se puede probar, y termina en una prédica de repartición igualitaria de placeres, que no tiene nada que ver con la ciencia.

El materialismo histórico tiene una ascendencia judaica y se convierte en una especie de religión sensualista. No se comprende qué interés práctico pudo tener Copérnico al exponer su sistema en su gran obra, enfermo, a los setenta años y ya próximo a la muerte.

La explicación del materialismo histórico no es una explicación, es una de tantas soluciones prematuras y probablemente falsas dadas a los problemas humanos.

Hay muchas instituciones y actividades que son inmanentes, que tienen su objeto dentro de sí mismas y no fuera de sí mismas; así se puede sentir el culto del arte por el arte, de la ciencia por la ciencia y hasta de la aventura por la aventura.

Muy difícil sería el buscar elementos de practicismo en los secuaces de estas ideas.

Hoy, a pesar de lo que afirman los reaccionarios y con sentimiento de los que somos liberales y racionalistas, decrece la tendencia al libre examen probablemente por falta de cultura. Se prefieren los credos cerrados.

Para muchos, someter todo a la crítica es peligroso e inseguro. Aceptar el contenido íntegro de la tradición antigua o de la utopía moderna es tan peligroso o quizá más aún.

Los doctrinarios que aseguran estar en el secreto de las cosas y que tienen soluciones para todo son terribles, no les arredra nada. Son capaces en su pedantería de reglamentar lo irreglamentable. Es posible que estos pedantes doctrinarios tengan su utilidad dentro de su simplismo; son los que hacen las revoluciones y las reacciones y creen que llevan las normas del porvenir dentro de su cráneo.

Yo, al discutir con otros las soluciones socialistas, decía con cierta indignación de mis interlocutores:

—Lo que tenemos que pedir es no sólo que no haya nadie que nos quiera mandar, sino también no permitir que haya alguien que se quiera sacrificar por nosotros, porque muchas veces el que comienza por ser servidor o esclavo se convierte pronto en amo.

Por entonces, en los años de mi juventud, bullía como ahora el mito de la revolución. La revolución era la solución de todo. Vendría, como el Santo

Advenimiento, a elevarnos, a purificarnos y a substituir nuestros brazos y nuestras manos con unas alas angelicales.

Yo tuve de joven entusiasmo por el lado dramático de la revolución, pero siempre me sorprendió que todas ellas o casi todas no realizaron sus planes mientras estuvieron dominando, y cuando éstos se consumaron, si no en conjunto en parte, fué cuando ya parecía que habían fracasado.

Yo creí que estaba bien que los partidos radicales manejaran ese tópicó de la revolución, pero como un mito y con la seguridad de su carácter irrealizable. Se ve que las revoluciones, cuando triunfan, no cambian nada íntimo de un país; si varía algo, son las personas que mandan.

En el fondo de mi espíritu, más que la revolución palabrera de gritos y de gestos, hubiera deseado una evolución y una renovación lenta. ¿Pero cómo ayudar a conseguir esto? No se veía camino.

Con las discusiones políticas con mis compañeros, que la mayoría eran poco aficionados a estas cuestiones, y con la defensa que hacía yo de la revolución, fuí evolucionando hasta pensar si la democracia y el parlamentarismo no tendrían ningún valor: si serían falsedades, entelequias doctrinarias, desprovistas de fondo y de valor humano. Pensé si no habría más que la dictadura de las personas inteligentes que pudiesen realizar con plenitud el orden y el progreso de las cosas materiales, dejando a los hombres la absoluta libertad de pensar en cuanto fuera asuntos del es-

píritu. Esto se ha hecho, más o menos claramente, en los países civilizados.

La igualdad y la fraternidad me parecieron siempre mitos de guardarropía.

La tendencia revolucionaria del tiempo no era una fantasía sin sentido en la época de mi juventud. En todo aquello en donde se asomara una persona de buen sentido veía una anomalía o algo absurdo y mal organizado.

Existía, y probablemente existe, poca justicia en España. Se sentía la arbitrariedad en todas las esferas. Es lo peor que puede pasar a un país. La falta de justicia lo corrompe todo, impide hasta la convivencia humana, porque no es posible que el postergado o el sacrificado pueda convivir con el arrivista que sube y triunfa cínicamente. O el sacrificado se transforma también en uno de tantos o se hace un amargado y un triste. El que ha tenido la preocupación moralista habrá podido decir esto siempre y exclamar como el predicador del Ecclesiastés: “Vi más debajo del sol: en lugar del juicio, allí la impiedad, y en lugar de la justicia, allí la iniquidad.”

“No hay que dar demasiada importancia a lo ético”, decía Salmerón una vez a sus correligionarios. Pero si no se le da importancia a lo ético ¿a qué se le va a dar?

De estos sentimientos éticos ha nacido la política que informa las tendencias revolucionarias.

En esas épocas de poca justicia, y no digo que en la actual no pase lo mismo, las personas de mo-



ral incompleta viven a sus anchas; en cambio, los desilusionados de buena fe, si tienen que juzgar o elegir algo, recurren a los expedientes, a los antecedentes y hojas de servicio porque temen que les achaquen arbitrariedades, y se justifican con la letra de la ley más que con su espíritu. Así resulta que los malos son activos, y los buenos, neutros.

DE MÉDICO DE PUEBLO

Al final de la carrera yo me veía mal preparado para ejercerla. No conocía la práctica de la Medicina. No sabía auscultar ni percutir, no sabía más que contar las pulsaciones en la arteria radial, pero no advertir las diferencias que el clínico encuentra en el pulso.

A mis compañeros les pasaba lo mismo. Al venir a Madrid, desde Valencia, a estudiar el doctorado estuve unos meses en una sala de presas que visitaba en el Hospital General don Jacobo López Elizagaray, y vigilaba la viuda del novelista Fernández y González.

Elizagaray era hombre tranquilo, reposado, buen clínico, y con él aprendí un poco a auscultar y a limitar la macidez de un órgano por la percusión.

No era Elizagaray hombre que pretendiera ser original, pero se veía que conocía su profesión de una manera concienzuda.

Letamendi decía una frase que quería ser genial: "El médico que no sabe más que Medicina, no sabe ni siquiera Medicina."

Yo me figuro que Elizagaray pretendía sobre todo saber Medicina, y la sabía muy bien, y era un clínico hábil. No era de los farsantes con melenas o con chalina que quieren asombrar al mundo con sus supuestas genialidades. No es que yo odie á los hombres geniales, por el contrario, los admiro; pero la falsa genialidad es algo antipático, como todo lo mistificado.

Yo le hablaba a Elizagaray de que leía algunos libros de filosofía, y él me preguntaba muy extrañado:

—¿Y para qué lee usted eso?

El ser nombrado médico de Cestona (Guipúzcoa), por presentarme solo al concurso, fué para mí un medio de digerir las ideas buenas o malas aceptadas en la juventud, y medio también de rechazar unas y de aceptar más o menos definitivamente otras.

El oficio de médico de aldea era entonces, y seguirá siendo ahora, difícil, mal pagado, trabajoso y de gran responsabilidad. La vida de médico de pueblo me pareció dura, aunque tenía ciertamente algunas compensaciones.

Un tanto de escepticismo y otro tanto de prudencia me evitaron el hacer disparates, que deben ser muy frecuentes entre personas que comienzan a ejercer la profesión, aunque sean sabias y bien enteradas.

Tuve rivalidades con otro médico más antiguo, rivalidades que yo no sólo no las busqué, sino que las rehuí. En esto seguía la máxima de Gracián:

No competir, que me parecía y me sigue pareciendo bien. La responsabilidad de tener una función demasiado importante, la falta de práctica y de conocimientos científicos completos, el aislamiento, me hicieron pasar mala época. La retención de la placenta, frecuente en las púerperas, quizá por exceso de trabajo en el campo, y algunas presentaciones difíciles durante el parto, que hicieron necesario el empleo del fórceps, me impresionaron profundamente.

Recuerdo el caso de una parturienta con una hemorragia tal, que la sangre había empapado el colchón, atravesado el suelo y hecho un charco en el portal del caserío. Salí de la vivienda pensando que aquella mujer estaría muerta dos o tres horas después. A los quince días estaba trabajando en el campo.

No todas las impresiones del pueblo fueron malas, algunas, por el contrario, me parecieron agradables. Viví unos meses en casa de la cerora, al lado de la iglesia, en el cuarto ocupado antes por un notario, con una biblioteca de libros de Derecho y de devoción que a mí me atraían poco.

Después me trasladé a una casa construída por un médico antiguo que había ejercido en el pueblo hacía treinta o cuarenta años.

Tenía la casa una huerta que daba al Urola, muy bonita, con una calle de perales en abanico y un árbol torcido en la orilla, que avanzaba sobre las aguas del río y desde donde se podía pescar.

En esta huerta trabajaba yo en el campo.

Tiempo después pretendía una plaza de médico en San Sebastián, y un amigo de mi padre, personaje importante en la ciudad, le decía:

—¿Cómo le vamos a dar un empleo a tu hijo si en Cestona solía estar trabajando los domingos en la huerta para hacer ostentación de sus ideas anti-religiosas?

No era verdad; pero el pretexto se consideraba bueno para no hacer nada por una persona que sin duda no parecía simpática.

El interior de la casa del médico antiguo era isabelino. En el comedor había un papel curioso, una composición entera. El escenario eran las cataratas del Niágara; por delante pasaban unas señoras en coche y unas damas escoltadas por negros con librea.

En la cocina solíamos pasar parte de los días de invierno, quemando leña y jugando al mus. Al amor de la lumbre en la chimenea baja se contaban historias mientras los dos perros dormían suspirando al lado del fuego. A veces, en medio de la noche, se oía el golpe de la aldaba, y al preguntar “¿Quién es?” contestaba una voz en vascuence: “¿Está el médico en casa?” Y había que levantarse y salir.

La mayoría de los días era indispensable andar a caballo, visitando caseríos lejanos, entre la lluvia y la nieve. A veces, en el campo, a la luz de la luna, los troncos de los árboles y las raíces le hacían a uno ver visiones. En este pueblo comprendí,

observándome a mí mismo, cómo había dentro de mi espíritu, dormido, un elemento de raza no despertado aún. En aquella época me dediqué a escribir cuentos e impresiones en el cuaderno donde tenía el registro de los igualados.

DE PEQUEÑO INDUSTRIAL

Como no era posible seguir en el pueblo, y no encontré nada en San Sebastián, cuando hallé una ocasión de venir a Madrid y convertirme en pequeño industrial marché con cierta satisfacción, ya un poco harto de soledad y de apartamiento.

Cogí una época bastante mala. Era al final de la guerra de Cuba, y la vida de la industria y del comercio en Madrid estaba decaída. Para mi empresa me faltaba capital y no lo pude encontrar, por más ensayos que hice. Iba, venía, hablaba a uno y a otro. La verdad es que no encontré más que usureros. En aquella época los trabajadores madrileños comenzaron en todas las industrias a asociarse y a considerar como enemigo suyo al patrón.

Entre estos obreros había gente que sabía cumplir su palabra, pero había otros para quienes prometer y no cumplir no tenía importancia. De amigos y colaboradores se convirtieron con una facilidad extraordinaria en enemigos de los industriales, fueran pequeños o grandes, tuviesen éstos para ellos atenciones o no las tuvieran.

Trabajé durante seis o siete años, con esperanzas de manumitirme, y cuando vi que no salía a flote, que la probabilidad de ser un rico industrial era cada vez más lejana, me desmoralicé, perdí la esperanza definitivamente, me sentí fracasado y me dediqué a escribir artículos y luego a acudir a las redacciones.

La vida de pequeño industrial fué para mí una experiencia enérgica. Tuve que acudir a la Bolsa y a los Bancos, convivir con gente mísera y luchar con autoridades, policías y obreros.

Entonces conocí alguno que otro pobre inventor chiflado que había inventado artefactos para ellos importantes: la ratonera con el espejo, la mano remo y el pie remo, el biberón del árbol; también conocí al que pretendía hacer marfil hirviendo patatas con agua y ácido sulfúrico.

Las dificultades de la industria eran muy grandes; a veces se presentaban, como dándose cita, varios cobradores con sus facturas en mi despacho, y había que torearlos y hasta escaparse por una ventana, si era necesario.

DILIGENCIAS VANAS

En tiempos así, en el que el fracaso se cierne, el hombre inadaptado tiende a replegarse sobre sí mismo y a separarse de los demás en ideas prácticas y teóricas. El éxito y el fracaso son como dos polos: el positivo y el negativo de la vida social. El horizonte es muy distinto contemplado desde uno o desde otro. El no ser como los demás, la divergencia, toma proporciones de gloria para el hombre del fracaso. Se siente un gran placer en hacer tabla rasa de todo, en sentirse rabiosamente libertario. Esos sentimientos han producido a veces grandes personajes, pero, naturalmente, en muy contadas ocasiones.

Por entonces conocí algunos jóvenes aficionados a la literatura en una situación parecida a la mía, a la que habían llegado por otros caminos. Ver las cosas sin prejuicios era nuestro ideal. La palabra prejuicio siempre nos gustó a los que teníamos la tendencia libertaria, aunque yo sospeché que no se puede pensar sin prejuicios, porque las palabras son prejuicios y metáforas condensadas. Así como de pequeño industrial había conocido gente pobre

obrero y desvalida, después, como aficionado al periodismo y a la literatura, conocí otros medios que, sin ser tan miserables, no eran menos tristes.

El contraste, la contemplación de la existencia áspera y desnuda, tiende a una visión esquelética de la vida. Se intenta sorprender en los demás y en sí mismo el hueso y las vísceras más que la piel, y se hace uno sin querer operador de rayos X.

Era yo partidario de la crítica implacable, poco contemporizador. Entonces, como ahora, no me encontraba con condiciones para mandar ni para obedecer; en cambio, tenía cierto entusiasmo por la disciplina y por el compromiso libremente contraído.

La preocupación mía era escapar a las condiciones corrientes y vulgares de la vida.

Poder vivir sin someterse a la pragmática general es cosa difícil. Yo quería prestarme a una sumisión de fórmula y no pasar de ahí; pero cuando se quiere conseguir algo hay que prestarse a una sumisión profunda. Se está en la fila esperando a entrar en el teatro por la puerta grande, pensaba, y resulta que por otra puerta se ha ido colando gente avisada, y cuando se asoma la cabeza por el patio de butacas ya se encuentra todo ocupado.

¿Por dónde han ido entrando? No se comprende siempre la fuerza que tiene la atención constante y la sumisión verdadera.

Lo que yo pretendía era vivir con intensidad algún tiempo, no pasar por momentos mediocres unos tras otros,

¿Pero cómo lograr esta tensión cuando no existía en el ambiente?

Con un amigo más viejo que yo y más derrotado que yo me dedicaba con frecuencia a escribir cartas a los anunciantes de periódicos extranjeros que decían, por ejemplo: “Se necesita un profesor de español en Estocolmo.” “Hace falta un jardinero que sepa francés y español en el Canadá.” “Se necesita un médico en Nueva Zelanda.” Naturalmente, de estas gestiones no resultaba nada. Mi amigo, escéptico para sus iniciativas, las llamaba con cierta sorna: *diligencias vanas*. Quería uno, por lo menos, cambiar, por ser muy propio de enfermos no durar mucho en un estado, tomando por remedio las mudanzas, como asegura Séneca en su libro *De la tranquilidad del ánimo*.

Como he dicho antes, tenía pocas condiciones para ganar dinero y poca suerte.

Esto es lo que más lamentaba: la falta de suerte, sentimiento muy de perezoso.

Un personaje de una comedia española clásica dice:

Siglos de merecimiento
Trueco a puntos de ventura.

Yo también anhelaba tener puntos de ventura como todo el mundo, pero los puntos de ventura no llegaban.

Después de dos años de médico de pueblo, de seis u ocho de industrial, no había podido resolver la manera de vivir. Como el cazador torpe, no había

disparado nunca a tiempo, y ya convencido de mi inutilidad para la vida práctica pensaba dedicarme al periodismo y a la literatura como deporte, suponiendo que ni el uno ni el otro me llevarían a nada.

En la literatura no se advertía horizonte alguno. Yo no ganaba dinero; pero vivía bastante cómodamente en casa. Había liquidado toda aspiración grave y me dedicaba a una especie de bohemia, sin preocupación por el mañana. Este fué para mí el veraneo de la cigarra. Me sentía inactual, indiferente a la política, convencido de que ésta no era nada ni conducía a nada.

La política y los políticos no podían atraer con sus mistificaciones legendarias al elemento literario.

No eran los hombres del final de nuestro siglo parecidos a los del principio, con sus tipos valientes, desgarrados y trágicos, como el Empecinado, Mina, Cabrera y los demás guerrilleros de la Independencia y de la primera guerra civil.

Era un momento de frialdad y de cuquería, en que todo el mundo iba a lo suyo.

El socialismo ya para entonces tenía caracteres de viejo y de manoseado, y no era posible darle como una novedad social y literaria. Se veía, sin embargo, porvenir político en él, pero ninguno de los escritores más o menos conocidos de entonces entramos en las filas socialistas, porque todos sentíamos un poco de recelo y de repulsión a fingir un compañerismo falso.

La política no tenía prestigio. Retórica, lugares

comunes, juego de palabras, histrionismo bajo y cuquería, esa era en general la política. Todas sus luchas, que desde fuera parecían encarnizadas, eran desde dentro esgrima de salón, valores convenidos. Hasta los mismos asuntos personales que parecían de gran encono no eran nada.

No se atacaba nunca con saña, y el enemigo aparatoso del orador era después su particular amigo; así, la política para el que vivía cerca de los focos donde se producía, sobre todo para los periodistas, constituía una farsa. Para nosotros, los que hablábamos con gusto de los prejuicios, la consecuencia misma de los políticos no nos conmovía, nos parecía una letra cobrable a algunos años vista o las acciones del especulador que las compra por nada, esperando que suban con el tiempo y se pongan a la par.

La mayoría de la gente del pueblo se entusiasma y se sigue entusiasmando con esas figuras de cartón austeras y consecuentes, cuando muchas de ellas, si no vendieron sus acciones, fué porque no las pudieron vender a la par. Estos hombres, que dependen de la fama y no de la conciencia, no podían ser nuestros héroes.

Años después hice un ligero ensayo de política y no pude mejorar mi impresión. Vi que no había en ese campo más que palabrería y ambiciones. En España la política ha sido poco fecunda,

BOHEMIA

Por entonces acudimos a las redacciones, y yo me relacioné un poco más con la juventud literaria.

Estábamos bastante desarmados para recoger las impurezas de la calle. Fuimos vacunados con todos los virus infecciosos que corrían por el mundo, y tuvimos una segunda juventud tardía, forunculosa o eruptiva. Yo me sentía un buen caldo microbiano; pero aceptaba las infecciones alegremente.

No todos pudieron hacerlo. Entre los compañeros, muchos tomaron su situación en trágico. A la pereza, al alcoholismo, a la maledicencia, al rencor y a la inutilidad, para vivir ordenadamente, se unió en ellos el misticismo por el arte y la rebeldía cósmica que venía en el aire con la tendencia anarquista. Se destacaron tipos desastrados, algunos de éstos acabaron mal, muertos en plena juventud por la tuberculosis. Yo resistí porque no tomé muy en serio la bohemia. Me parecía también decoración y aparato escénico. Ciertamente, llevaba una vida un tanto irregular: me acostaba tarde, me levantaba tarde, pasaba horas en el café, deambulaba por las calles, llegaba a casa a las altas horas

de la noche; pero no me dejaba arrastrar por la resaca decadente.

Muchas veces otros amigos y yo, llevados por cierta tendencia macabra, fuimos de noche a unos cementerios románticos próximos a la calle Ancha, hacia Vallehermoso, cerca del canalillo. Al mismo tiempo que nosotros buscábamos la impresión lúgubre, una pandilla de golfos se dedicaba a robar alambres del teléfono y a desvalijar las tumbas. A alguno se le ocurrió, por lugar común literario, que allí, en uno de aquellos cementerios se podría representar la escena en que Hamlet recibe de los sepultureros la calavera de Yorick, el bufón del rey.

La vida irregular y vagabunda presentaba sus atractivos.

Andar por las calles y plazas hasta las altas horas de la noche, entrar en una buñolería y fraternizar con el hambre y con la chulapería desgarrada y pintoresca, impulsados por este sentimiento de caballero y de mendigo muy español, era algo que tenía su encanto malsano.

También lo tenía marchar con la impresión en la garganta del aceite frito y del aguardiente, al amanecer, por las calles de Madrid bajo un cielo opaco como un cristal esmerilado; sentir el frío, el cansancio, el aniquilamiento del trasnochador, y ver entre las vallas de los solares esas eras inciertas, pardas, que se alargan hasta fundirse con las colinas onduladas del horizonte, en el cielo de la mañana, en la desolación de los alrededores madrileños.

A veces, cuando volvía a casa, sentía como un fondo de amargura y de remordimiento. No sé si era la protesta moral de la vida ociosa, aprensión o vagotonía o exceso de ácido clorhídrico en el estómago; pero la verdad era que yo me sentía un tanto trastornado y como arrepentido. ¿Arrepentido de qué?, me preguntaba. ¿Qué podía importar a un hombre con sentimientos libertarios ir a acostarse a las diez de la noche o a las cuatro de la mañana?

Y es que el que tiene la constitución de carácter moralista busca motivos de arrepentimiento, como el melancólico busca motivos de tristeza.

La bohemia anterior a la que yo conocí era un poco aficionada a la taberna; la de mi tiempo tenía cierta vaga aspiración al guante blanco.

Sus principales puntos de reunión eran los cafés, las redacciones, los talleres de pintor y hasta las oficinas del Estado.

Entre las redacciones había algunas en donde no cobraba ni siquiera el director.

Yo frecuenté la de *El Ideal*, la de *La Justicia*, *El País*, *El Globo*, *El Imparcial*, *El Radical*, y más tarde la de la revista *España*. Colaboré también en pequeños semanarios de gente joven.

Había tertulias de café verdadero muestrario de tipos raros y rotos que se iban sucediendo: periodistas, aventureros, policías, curas de regimiento, cómicos y anarquistas; todo lo más barroco de Madrid pasaba por ellas. En una época se distin-

guieron las reuniones por el paso de empleados cesantes de Cuba y de Filipinas.

Como yo no sólo tenía curiosidad por la capital, sino también por el campo, hice algunas excursiones con mi amigo el suizo alemán Paul Schmitz, con don Ciro Bayo y con mi hermano Ricardo. Subimos a Peñalara y al Urbión; estuvimos en varias partes, y llegamos a pie desde Madrid hasta cerca de Portugal.

Schmitz me habló de las ideas que entonces, hace más de treinta años, bullían en Alemania: el racismo, el antisemitismo y las teorías de Nietzsche. Yo pude seguir la vida de cigarra sin obligaciones y sin cargas, deambulando y curioseando. Años después, al comenzar a ganar algo con los libros, lo gastaba en seguida, haciendo un viaje que, naturalmente, no podía ser muy largo. Así pude satisfacer mis curiosidades románticas de antiguo lector de folletines.

Después de recorrer los barrios bajos de Madrid y alternar un poco con el mundo suburbano y ver la taberna de la Blasa en las Injurias, los merenderos de la China y de la California y los ventorros del Pico del Pañuelo y del tejear de Matapobres, fuí a París, a final del siglo XIX, cuando en las calles se pegaban los drexfusistas con los anti-drexfusistas; presencié manifestaciones libertarias con Sebastián Faure a la cabeza, y hablé un momento con el célebre geógrafo Elíseo Reclus. Contemplé los hoteles del barrio de San Germán, de que habla Balzac, con su patio-jardín; recorrí

los sitios miserables próximos a San Severino y a San Julián el Pobre, los que existen cerca del bulevar de Sebastopol, y anduve por las afueras.

Otro año marché unos meses a Londres a ver las orillas del Támesis, los rincones del Waping, las callejuelas de Whitechapel, donde anduvo Jack el destripador, y los lugares descritos por Dickens.

Estuve otra temporada en Roma, oí canciones parecidas a los tangos en las callejuelas al anochecer y escuché el sonido triste de sus campanas; comí en las tabernas medio prostíbulos del barrio de San Juan de Marsella, entre mujeres pintadas, marineros indios y mulatos, y oí cantar *Funiculi-Funiculá* y *Santa Lucía* en los rincones sucios y pintorescos de Nápoles antes que Mussolini hubiera dado a todo Italia un aire de seriedad y de pedantería. Anduve en lancha por los canales de Rotterdam, subí a los montes de la Engadina y recorrí una parte de Jutlandia a pie. También vi, hace más de treinta años, un pequeño encuentro entre moros cerca de Tánger, en el que hubo cabezas cortadas paseadas en picas.

Para mí ya bastaba. Me hubiera gustado ver el Asia central, la meseta de Pamir y los grandes ríos de Africa; pero esto estaba muy lejos y era muy difícil para mis posibilidades. En cambio, no tenía la menor aspiración de contemplar el Pindo o el Parnaso ni el Partenón.

Después estas curiosidades las he ido perdiendo.

“El que vea ahora el mundo lo ha visto todo —dice Marco Aurelio—, ha visto toda la eternidad

pasada y del porvenir. Porque todo es y será de la misma naturaleza y de la misma apariencia." Esto lo podía comprender en bloque un emperador filósofo, no un hombre cualquiera con pocos medios. Ahora sí lo veo. Ya he hecho el aprendizaje; lo malo es que el aprendizaje me ha durado casi toda la vida.

Ya he visto que una tertulia de damas aristocráticas no se diferencia gran cosa de una reunión de modistas; que una peña de literatos es igual que otra de empleados o de dependientes de comercio, y que un grupo de anarquistas en una taberna o en un bar demuestra las mismas vanidades y pequeñeces que otro cualquiera.

Ya me he quedado tranquilo. Ya sé que detrás de esa montaña pasa lo mismo que lo que pasa aquí, y no tengo deseo de ver más.

Actualmente se considera por algunos que nuestra juventud literaria desmoralizó las juventudes que llegaron después. No lo creo. En su tiempo fué un síntoma de rebeldía tan pequeño que no se advirtió siquiera; luego se le ha querido dar importancia y un aire simbólico y hasta considerarla como una meta. No hay nada de eso. El período anterior de inconstancia y de palabrería ha continuado y ha perdurado en España. El entusiasmo por lo que se llama ideología política, que es muy poca cosa o no es nada, las grandes frases, los grandes párrafos oratorios es lo que ha quedado lo mismo que antes.

Yo no sé si las juventudes españolas del porvenir

encontrarán épocas más limpias, más claras, más entusiastas que por la que yo pasé. A pesar del natural egoísmo de la vejez lo desea uno fervientemente. Vivir la juventud bien de una manera noble es tener ganada la vida; vivirla de un modo sórdido es perderla de tal modo, que todos los esfuerzos que se puedan hacer después no bastan para aclararla y levantarla.

De la vida literaria no conservo yo malos recuerdos; por lo menos si el fondo era egoísta, rencoroso y mal intencionado había también excepciones. Una de las excepciones fué para mí Azorín.

Azorín, en 1900, me detuvo en la Castellana. Había publicado yo mi primer libro, titulado *Vidas sombrías*.

—¿Es usted Pío Baroja? —me preguntó.

—Sí.

—Yo soy Martínez Ruiz.

Nos dimos la mano y me dijo:

—He leído su libro; creo que es de un escritor.

Después, durante mucho tiempo, habló de mis obras con benevolencia. Treinta y cuatro años más tarde vino a mi casa al anochecer.

—Le vamos a hacer a usted académico —me dijo—. Y después de decir esto se marchó con su aire impasible.

EL DINERO DE LA LITERATURA Y EL DINERO DEL ESTADO

Convencido yo de que con la literatura en España no se podía ganar gran cosa he soportado las pequeñas piraterías de algunos editores de una manera tranquila. Si la mayoría de editores y librereros creen que es cosa lícita tratar a un escritor como presa de guerra, ¡qué se va a hacer!

Mal aconsejado, tuve hace años la candidez de reclamar contra una casa editorial porque vendía ejemplares de una novela mía que parecían de una edición distinta de la única hecha según el contrato.

Había ejemplares diferentes por el fotograbado de la cubierta, por el papel y por el cosido. El texto no podía ser diferente, porque desde los primeros ejemplares se había hecho la tirada con estereotipia. El juez tuvo los comprobantes cuatro años y al cabo de éstos no había podido resolver si el fotograbado, el papel y el cosido eran distintos los de unos volúmenes y los de los otros.

Contaba esto a un magistrado conocido, y éste me dijo que no podía ser, que había un error en

todo ello, y el magistrado me acompañó al Juzgado, y después de varias idas y venidas el asunto quedó sobreseído y sin decirme si yo tenía razón o no. Casos como estos y otros parecidos desmoralizan al escritor y le inducen a seguir caminos más seguros. El camino más seguro es el del empleo, el de la sinecura.

Todo el mundo hoy pretende vivir del Estado y tener un destino. Llegará el tiempo en que los españoles se dividirán en una casta superior de burócratas y en otra inferior de trabajadores, principalmente de la tierra, y a esto habrá contribuído la democracia y el socialismo.

La aristocracia habrá desaparecido y los burócratas la substituirán. Ese será el panorama español y, probablemente, el de los demás países.

Mientras tanto el labrador, que se resigna a no ser nada y a pagar sus tributos, trabajará con sus bueyes y en las ciudades se derrochará el dinero que le arrancan a él alegremente.

PÁTRIOTISMO

La falta de un sentimiento patriótico natural, biológico, falta que se observaba en nuestra juventud, se debía indudablemente al abuso hecho por los políticos de la retórica patriótica, que les servía de capa para cubrir sus insensateces.

Esta falta de patriotismo natural de gran parte de la juventud literaria de mi tiempo no era sólo culpa de ella, sino principalmente de los políticos, que miraban el patriotismo como una maniobra retórica para disimular errores y torpezas. Esta retórica antipática, de final de banquete, si alguna vez tuvo eficacia, la llegó a perder. Después, en la época posterior a la nuestra, que se ha considerado dominada por una idea pesimista, se adelantó y se mejoró evidentemente en todos los órdenes en España.

Cuando tenía yo veintitantos años y había acabado la carrera no me sentía nada claro, ni siquiera español ni vasco. Al ir a ejercer a Cestona comencé a encontrarme vasco, y al salir por primera vez de España a pasar una temporada en París comprendí que era fundamentalmente español en algunas cualidades y en muchos defectos.

Varias generaciones sucesivas no parecían sentir de una manera eficiente el patriotismo. ¿De quién era la culpa? El patriotismo había tomado un aire tan palabrero que a la mayoría de las personas le parecía, sobre todo en los discursos, algo vacío, una habilidad de prestidigitador. Al mismo tiempo que el patriotismo declinaba en medios intelectuales se hablaba de la decadencia de España. Esta idea es una idea vieja y se ha dado muchas versiones sobre ella. En mi tiempo creo que provenía principalmente de ver a los grandes países de Europa ya constituidos en equilibrio estable y definitivo, mientras nosotros teníamos agitaciones interiores y exteriores, que los Gobiernos no sabían resolver. La idea se modificó después de la guerra mundial y el equilibrio de las naciones poderosas que semejava un estado definitivo y permanente se convirtió en un desequilibrio difícil de atajar.

Muy posible es que no hubiera en España un motivo serio de pesimismo y que el país en sus capas interiores no lo sintiera; pero había ciertos núcleos intelectuales con una neurosis deprimente.

La política era la principal causante de esta depresión. No podía atender a las necesidades del país, se convertía en un mandarinato chino. El camino de la vida pública estaba abierto únicamente para los hijos, para los yernos y para los favoritos de los grandes personajes. Se hacía una selección al revés en las altas esferas, y esta involución tenía que llegar a todos los organismos del Estado y hasta de la vida privada.

En un mundo en el cual el único valor era la intriga y la oratoria, atrincherado por hijos, yernos, amigos y hasta criados, no podía entrar el aire de la calle. La gente con condiciones naturales se hacía hostil. Era lógico en tales condiciones que la astucia y el trabajo de zapa tuvieran más importancia que las condiciones y el mérito.

Pasados los tiempos de neurosis pesimista muchos hemos reaccionado hacia el patriotismo, no hacia el patriotismo retórico y hueco de frases hechas, sino a una preocupación de los problemas y de las cuestiones de nuestro país y, sobre todo, de la tierra.

Para sentir el patriotismo yo al menos no he necesitado el enterarme bien de las épocas brillantes de la historia de España. Me ha bastado conocer los primeros tiempos del siglo XIX, de alteraciones y de dolores, porque en las acciones históricas me ha entusiasmado más el ímpetu que el éxito y más el merecimiento que la fortuna. Así, he seguido con tanto interés las empresas de Zumalacárrregui como las hazañas de Hernán Cortés, narradas un poco enfáticamente por Solís, y esto no quita para que considere al héroe de la conquista de Méjico como uno de los grandes astros de la historia de España. También me ha entusiasmado más el Empecinado que Cristóbal Colón o que el Gran Capitán. El resultado de la empresa no es lo que más me ha ilusionado. Los esfuerzos de los que no tuvieron éxito y conservaron la energía y el valor dan todavía una impresión más efusiva que los que

llegaron al éxito y a la fama. Al mismo tiempo que el conocimiento del país y de la Historia, quizá no del todo completa, nos ha acercado al patriotismo, la gran literatura y la gran pintura española. Leerla con desapasionamiento y contemplarla de la misma manera es el modo de apreciarla. Para lo que tiene valor en sí no se necesita el ingrediente de la retórica patriótica. El patriotismo viene después como una consecuencia biológica más que como una idea a priori.

¡Qué hombres ha tenido España en el dominio de la acción! Loyola, San Francisco Javier, Hernán Cortés, Pizarro, Vasco Núñez de Balboa, el Empecinado, Zumalacárregui. ¡Qué tipos de piedra y de acero!

En la literatura nos hemos encontrado identificados con Gonzalo de Berceo, con el poema de Fernán González, con el Romancero, con el Arcipreste de Hita, con Jorge Manrique, con San Juan de la Cruz y con fray Luis de León; después hemos vivido en la intimidad de la obra de Cervantes, de Calderón y de Gracián y más tarde aún en la intimidad de Espronceda, de Larra y de Becquer. Ha podido uno comprobar también, si no por una lectura completa, la crítica y la ciencia profunda de Mariana, del padre Flórez, de Hervás y Panduro, de Jovellanos, de Masdeu y de Cean Bermúdez.

En la efusión artística hemos tenido épocas de entusiasmo por El Greco, por Velázquez, por Zurbarán y por Goya, y nos hemos esponjado contemplando con alegría el plateresco y el barroco espa-

ños. Yo no creo que se pueda hablar muy en serio de ciencia española, como habló Menéndez y Pelayo, porque en este respecto España es donde ha sido más débil; pero sí se puede hablar de la cultura española. Esta es una de las tres o cuatro más importantes del mundo moderno.

Antiguamente se presentaba a España en los países del norte de Europa y, en general, en los protestantes con una porción de sombras recargadas. Hoy se ve que esas sombras no son mayores de las de los demás países. El mundo culto no tiene hoy sobre Felipe II o sobre San Ignacio de Loyola, puntos neurálgicos, la impresión que tenía hace doscientos años. El mundo ha querido comprender y ha llegado a comprender.

Se ha ensanchado el sentido de la comprensión para España y para los demás países; claro es que no se ha llegado a la comprensión completa, y como es casi imposible en la lucha de los pueblos, cuando hay pasión, saber quién está en lo cierto y quién no, al último se coloca uno del lado de su país cuando cree que tiene toda la razón y también cuando la tiene sólo parcialmente.

NUESTRO LIBERALISMO

La tendencia de muchos de nosotros de liberalismo, de individualismo, de poca tutela del Estado recibió un tremendo golpe con la guerra europea. Se salió de ella con un afán inmoderado de mandar, con un nacionalismo violento y estrecho. El Estado, como el de Rusia en grande y el de Alemania e Italia más en pequeño, no quiere mandar sólo en los actos exteriores de las gentes, sino que aspira a mandar en las conciencias. Se quiere renovar la Inquisición y el régimen de los jesuitas del Paraguay.

Se podría aceptar que un apóstol quisiera dirigir el mundo y su país para llevar a la práctica una idea alta y extraordinaria; pero que los conceptos vulgares de los dictadores de hoy, nacionalistas o comunistas, se conviertan en normas despóticas para todo el mundo, es realmente insoportable.

Se comprenderían estas experiencias si hubiera fórmulas y procedimientos nuevos de vivir y de obrar; pero no los hay, y las panaceas del momento actual son las mismas que las de hace dos mil años. No se ha inventado nada nuevo en este sentido.

BIBLIOFILIA

A la proximidad de la vejez mi tendencia, un tanto puritana y sectaria de la juventud, se transformó en indiferencia jovial.

Comencé a hacerme coleccionista y bibliófilo. Con esta afición he rebuscado en ferias y en librerías de viejo con encarnizamiento.

Esta caza del libro ha sido para mí muy divertida; primero, porque tenía pocos medios, y luego, porque no he perseguido la edición rara o la encuadernación curiosa, sino la obra principalmente para leerla. Esta pequeña manía comienza a ser el principio de mi epílogo.

FINAL

No es que quiera dar estos apuntes de mi vida y de mis cambios espirituales como una cosa trascendental y universal. No. Es algo particular, individual de una época española. Es también una voz de la calle más dionisiaca que apolínea.

Para los que tienen un entusiasmo hegeliano y universalista no es nada, es una de las muchas oleadas del mar que llegan cortas a la playa. En la historia del mar y de la playa un momento sin importancia; pero el que ha formado parte de esa oleada la considera como la vida que no ha tenido un desarrollo completo.

Yo creo que para España, como para todos los países, su primer problema es el conocimiento profundo de su manera de ser. Estamos en un período histórico en que todo está en crisis, religiones, democracia, parlamentarismo y libertad.

No hay nadie con sentido profético para vislumbrar si detrás de este crepúsculo viene otra aurora, o viene la noche. Para muchos, los dogmas y los sistemas doctrinarios tienen gran valor; para otros, no lo tienen más que por sus resultados.

Yo soy de los relativistas. Las perfecciones de un sistema político en el papel me interesan muy poco.

El país necesita conocer lo más perfectamente posible su geografía, su étnica, su historia, su industria, su comercio, su literatura y su arte.

Yo creo que nadie que sea un iluso puede pensar que nosotros los españoles conocemos todas esas materias.

Hay, indudablemente, una falta de información.

Ciertamente que en literatura y en arte los extranjeros no han descubierto mucho nuevo en España.

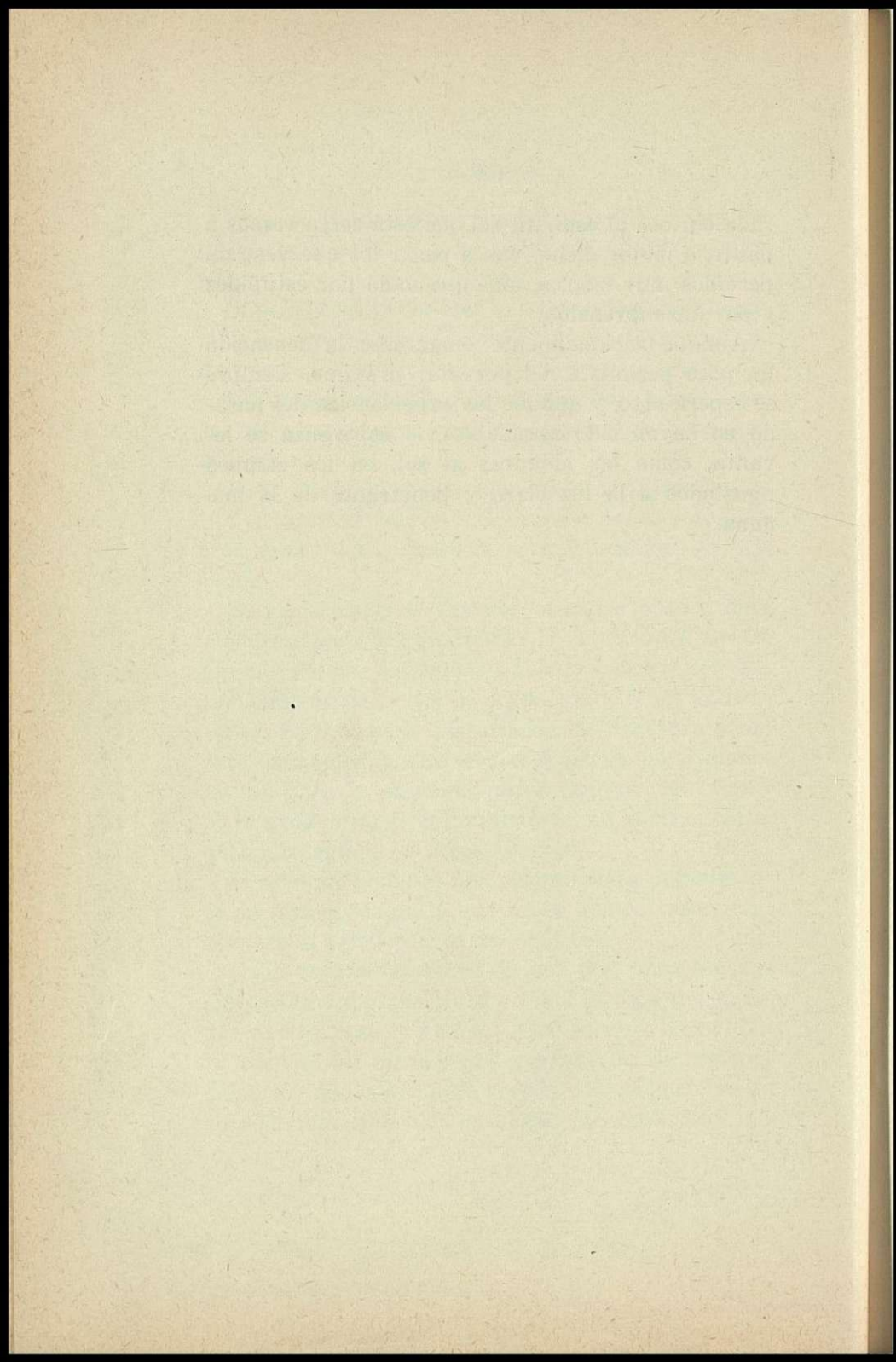
Se ha hablado de Gracián, a quien puso a flote modernamente Schopenhauer, y del caso del Greco, aunque de éste habíamos hablado muchos con entusiasmo antes de que se ocuparan de él los extranjeros; pero si en la historia de la literatura y del arte españoles la mayoría está hecha por españoles, no pasa lo mismo en otros campos científicos: en la geografía, en la prehistoria, en la etnografía, en la geología y en otros asuntos.

Desgraciadamente, nos encontramos actualmente en una época en la que no se quiere razonar ni atender al pensamiento del prójimo.

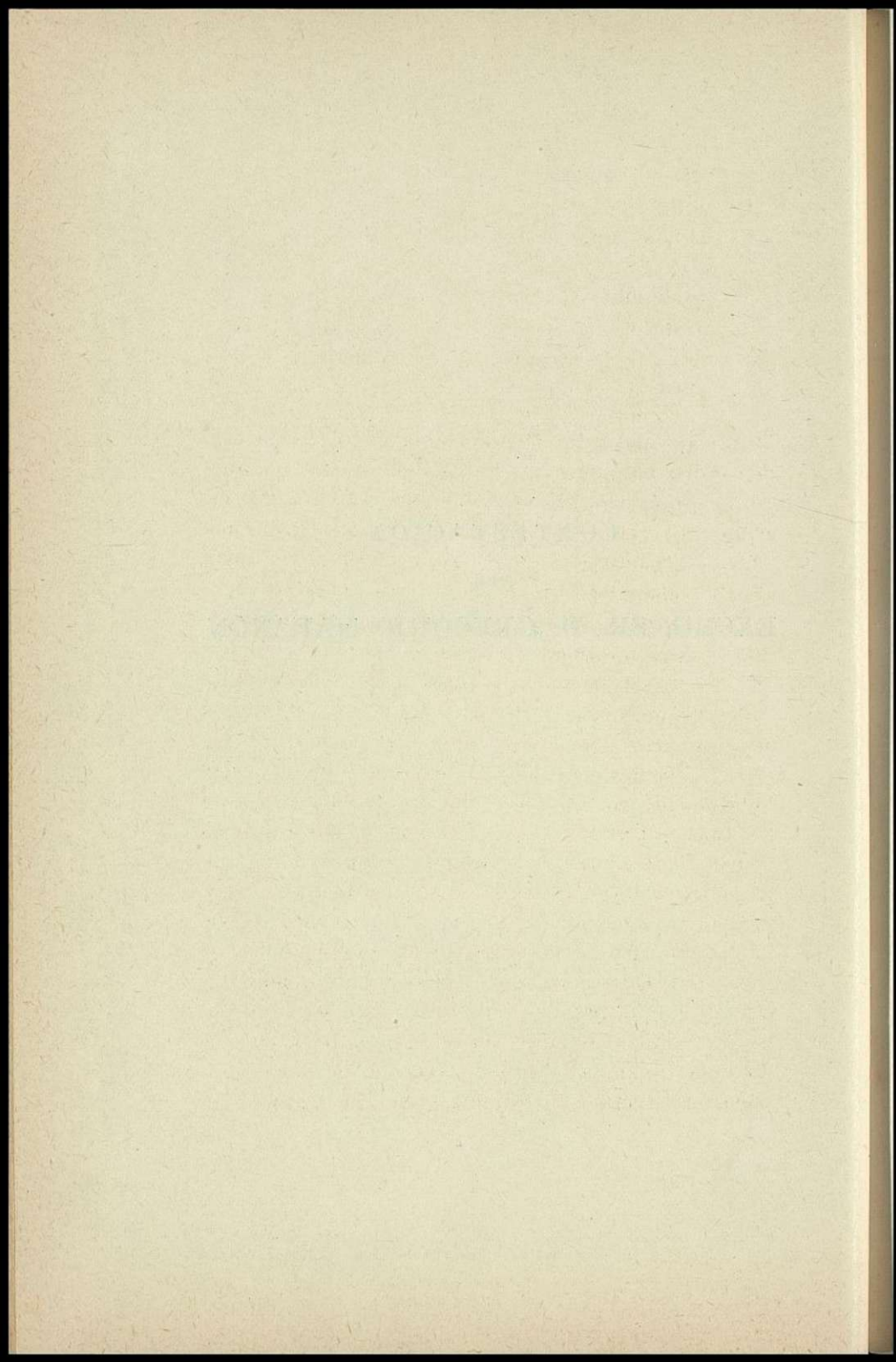
Cada cual se encierra en sus doctrinas, en sus simpatías, sin escuchar al vecino. Se dice que en todas partes pasa lo mismo. ¡Qué se va a hacer! Yo no creo en las discusiones y polémicas de ingeniosidades y de frases; pero si cada cual se encierra en su doctrinarismo o en su utopía sin echar una mi-

rada curiosa al espíritu del que está cerca vamos a pasar, o mejor dicho, van a pasar los que vengan, períodos muy negros, más que nada por estupidez y por incomprensión.

Aunque racionalmente tenga uno la sensación un poco pesimista del porvenir próximo, siempre se espera algo, y aunque las experiencias del pasado no hayan sido agradables, la esperanza se levanta, como las alondras al sol, en los campos agostados a la luz clara y penetrante de la mañana.



CONTESTACIÓN
DEL
EXCMO. SR. D. GREGORIO MARAÑÓN



SEÑORES ACADÉMICOS: *

En la vida española tiene una parte y una responsabilidad profundas un pequeño monstruo, anónimo y temible, que es el hombre del café. No es, como en otras latitudes, el hombre de la calle que entra unos minutos en el café o en el casino para descansar de la tarea diaria o para hablar o negociar con gentes distintas de las de su medio habitual. Nuestro hombre del café es sólo esto, hombre del café, desde la mañana hasta cerca de la mañana siguiente. Incluso, si trabaja algún rato, si va, por ejemplo, someramente a la oficina, lleva allí el espíritu disolutivo y acerbo de la tertulia. Nuestro don Miguel de Unamuno, llevado de su prurito, no de contradicción, sino de contrapelo, que tanto ha contribuído a mantener despierta la conciencia nacional, pero que, a veces, la enturbia (quizá para que luego se aclare más), ha dado no hace mucho el espaldarazo de su elogio a este hombre del café. Es difícil saber la razón. Precisamente debemos a Unamuno las páginas más profundas sobre la pasión del resentimiento, morbo insinuante y letal de la vida española; y quien, como él, la conoce por versión directa y entrañable, como pocos españoles

más —entre éstos está el mismo don Pío Baroja—, sabe bien que el hombre del café es, entre otras cosas, manantial inagotable de resentimiento. Cuando el hombre de la calle, lleno de afanes, pasa por delante de una de esas terrazas o escaparates del casino o del café siente en sus carnes, sin necesidad de mirarlos, los dardos del resentimiento disparados por aquellos hombres, que vegetan rumiando sus propias acedías en torno de la mesilla redonda o puestos en pie detrás de un vasto cristal. El hombre de la calle pasa de largo, arrastrado de preocupaciones, por el arroyo fecundo. El otro, detenido en el meandro estancado del café, inyecta su resentimiento en el ambiente y no tiene otra misión. Grave error sería el confundirlos. El hombre de la calle hace la historia, y el del café, fundamentalmente antihistórico, la envenena. De un político español no muy remoto se dijo que sus errores se debían a que no había ido nunca al café. Pero hoy vemos claro que lo mejor de su obra y la razón de que aun sigan vivos su huella y su recuerdo se debe, precisamente, a que jamás ancló en esas ensenadas del cenáculo casinero y del café con tertulia.

Vienen a cuento estas reflexiones porque cuando, al comenzar el verano último, se supo que la Academia Española, con feliz unanimidad, había elegido a don Pío Baroja en una de sus vacantes, un remolino de sorpresa y de indignación agitó el espíritu del hombre del café y se transmitió como un rayo de mesa en mesa. ¡Baroja académico! El

suceso representaba una traición de la Academia a su propia historia llamando a su colaboración a quien más estrictamente encarnaba, al parecer, en la literatura española el espíritu antiacadémico; y representaba, además, en el gran novelista la apostasía de su historia de personal aspereza, de supuesta rebeldía gramatical y de independencia un tanto selvática frente a las convicciones, valores e ideas y lugares comunes de nuestro medio social.

Y, sin embargo, al hombre de la calle, no al del café, le pareció absolutamente natural que en una Academia donde deben reunirse las figuras más altas de la literatura de un país tuviese su lugar de honor don Pío Baroja. Porque hasta el hombre de la calle no llega esa distinción artificiosa de lo académico y lo antiacadémico; artificio, es cierto, que algunas veces se originó en criterios de la Academia misma, pero que ahora no podían invocarse desde el instante en que la Corporación, por espontáneo impulso, llamaba a su seno a quien se ha llamado a sí mismo “escritor de la calle”.

Un gran escritor para el pueblo —y para la Academia— es quien sabe expresar con la palabra escrita el mundo de la realidad de fuera y el de la realidad de sus propias creaciones; y de tal modo, que exista “un paralelismo absoluto entre el movimiento psíquico de ideas, sentimientos y emociones y el movimiento del estilo”. Son estas palabras del propio Baroja (1), que, aun cuando presu-

(1) *La caverna del humorismo*, cap. X.



me de descuidado y de antigramatical, tiene sus libros llenos de retazos de una teoría del arte literario, con los que alguno de sus comentadores podrá rehacer algún día la doctrina, nada liviana, de su estética.

Y añade: "Cuanto más exacta sea esa relación, mejor. Yo creo que aquí debe pasar como en un retrato, que es mejor como retrato (no como obra artística) cuanto más se parezca al retratado, no cuanto más bonito sea. Así, el hombre sencillo, humilde y descuidado tendrá su perfección en el estilo sencillo, humilde y descuidado, y el hombre retórico, altisonante y gongorino, en el estilo retórico, altisonante y gongorino. El hombre alto, que parezca alto; el flaco, flaco, y el jorobado, jorobado. Así debe ser. Las transformaciones de chatos en narigudos están bien para los institutos de belleza y otros lugares de farsa estética y popular, pero no para el estilo."

Hace años que tengo anotado este párrafo como clave de la estética literaria de Pío Baroja y, en parte, de su psicología; también, como argumento contra los despropósitos que han venido circulando acerca de su estilo, de su léxico y de su supuesto antiacademicismo. Es evidente que Baroja es el propio "hombre sencillo, humilde y descuidado" de las palabras transcritas; el escritor de la calle, en la que ocurren, junto a las gestas teatrales, manipuladas e insinceras que luego nos cuentan como historia verdadera los historiadores, esos sucesos sencillos, humildes y descuidados en los que, en ver-

dad, reside la conciencia profunda de la Humanidad en cada fase de su historia, y que son los que él gusta de recoger y perpetuar. Como en su tiempo hicieron los novelistas de la picaresca más historia de España que los historiadores oficiales, así Baroja deja en sus libros una documentación más exacta y fundamental de la España de nuestro tiempo —o, al menos, de un aspecto de nuestra España— que la que se consigna en el Diario de las Cortes, en los artículos de fondo de los periódicos y en las crónicas altisonantes de la vida política y social.

Y, precisamente, el acierto supremo de don Pío Baroja ha sido el referir esa entraña de la vitalidad española, difundida en el subsuelo anónimo de la calle, con su propio módulo expresivo y no con un lenguaje inventado, literario y, si se quiere, académico. El crítico, el erudito, el pedante podrán hacer reparos, con la gramática en la mano, a los diálogos maravillosos —siempre maravillosos de exactitud— con que hablan los personajes de Baroja; pero el hombre de la calle los lee con fruición, porque sabe que es así, y no de otro modo, como habla él mismo; con la misma fuerza espontánea y también con las mismas incorrecciones. Incorrecciones que serán, muchas de ellas, correcciones futuras, porque el habla popular camina, por ventura, a la vanguardia del lenguaje literario, y éste no es otra cosa que el poso estructurado y ya un tanto muerto, que deja tras sí la viva fermentación, sin reglas posibles, del alma de las gentes, en su medio

más genuino de expresión, que es la palabra hablada.

En este sentido la superioridad de Baroja sobre otros grandes literatos de su época es incuestionable, incluso sobre el mismo Galdós, de quien soy tan apasionado. Alguna vez, al leer juicios de Baroja sobre Galdós, que no he creído justos, he cerrado un libro suyo con malhumor, que se desvanecía, por cierto, al instante; porque una de las características de la obra barojiana es el fenómeno constante, sin duda no buscado ni, acaso, apetecido por él, de que mientras perdura la emoción estética de su lectura, sus asperezas se desvanecen en el ánimo del lector sorprendido y, en ocasiones, agraviado, sin huella de rencor. Don Pío Baroja, por más que ha hecho, no ha logrado nunca ser verdaderamente terrible, y alguna vez estudiaremos en qué consiste esta diferencia, que hace mortal, en unos hombres, un simple gesto, y, en otros, inofensiva una agresión desenfadada y directa. Los que más queremos a Baroja hemos leído muchas veces páginas atroces que ha escrito contra cosas de nuestra máxima respetabilidad. Tal, en mi caso contra Galdós. Pero es evidente que los personajes de Galdós, también de los estratos humildes de la vida, cuya alma, cuyo pergeño físico y cuyo ambiente describió con infinito escrúpulo y conocimiento, cuando hablan no lo hacen con una exactitud semejante, sino con notorio artificio; el artificio, sin duda, del teatro, donde es inevitable el convencionalismo. En cada novela de Pérez Galdós hay una obra dramática frus-

trada. En varias, que se representaron después, como *El abuelo*, *Realidad*, etc., el diálogo es el mismo en las dos versiones, diálogo para ser dicho en el escenario, desde que se escribió; pero lo mismo podría haber ocurrido en todas las demás. Baroja, en cambio, es esencialmente antiteatral, y la versión humana, genuina, que nos da en sus libros es justamente en el diálogo donde alcanza su mayor precisión y realidad.

Yo declaro, aunque mi declaración sea de tan liviano valor, que los diálogos de Baroja me entusiasman, empleando una de sus expresiones favoritas. Porque a Baroja, entre paréntesis, las cosas no le gustan o le disgustan, sino le entusiasman o no le entusiasman. Esta palabra "entusiasmo", con la de "farsa y farsante" y con la expresión "un tanto" que antepone a casi todos sus adjetivos, temiendo siempre no comprometerse —"un tanto ridículo, un tanto exacto", etc.—, serán las que más veces encuentren en su obra los eruditos futuros que escriban y comenten su vocabulario; y en ellas se resume, como podría demostrarse, lo más genuino de la psicología de su autor. Pero esto nos llevaría a otro tema, y hemos de volver a su diálogo, que a mí, repito, como hombre de la calle, porque eso soy y no crítico, me parece expresión precisa de un momento determinado de la evolución del alma popular. Ahora bien; el alma del pueblo no puede decirse que sea académica, porque es más que eso: es preacadémica, crisol perenne de las perfecciones futuras.

Si la Academia no es, como creen algunos, una tertulia de gentes relamidas, sino un centro de estudio y de trabajo, donde se da su cauce científico, que es también necesario, al caudal vivo y en perpetua transformación del tesoro de nuestro idioma, caudal que nace a borbotones revolucionarios en las entrañas del pueblo y del cual recibe todavía, después de canalizado, constantes y necesarios afluentes que renuevan su vitalidad, es indudable que nadie habrá menos antiacadémico, en este sentido profundo, que el gran novelista que hoy recibimos con tanto júbilo en nuestra Corporación.

Lo de antiacadémico, aplicado a Baroja, es, pues, una farsa sin importancia, de la que, a decir verdad, ha sido él mismo el principal inventor. Gómez de la Serna, en una de las críticas más perspicaces sobre nuestro autor (1), recuerda que éste, hace ya muchos años, exclamaba: "Está visto que no seré nunca diputado ni académico." Diputado, no, claro es; pero el primer libro que publicó Baroja, *Vidas sombrías*, era ya su primer paso para ser académico. No en vano fué el mismo *Azorín*, que le elogió de recién nacido en los escaparates, el que muchos años después iba a su casa a anunciarle su elección, como acabamos de oír en su discurso, en una de esas escenas, tan barojianas, de admirable expresividad, en las que un diálogo de tres líneas y la evocación, en dos palabras, de un paisaje, da la impresión absoluta de esos instantes de nuestra

(1) GÓMEZ DE LA SERNA: *Azorín*, pág. 125.

vida que apenas turban su superficie y en los que, sin embargo, se anuda el pasado con el porvenir. La sensibilidad para captarlos a su paso fugaz es una de las altas cualidades del gran escritor y fuente principal de su poder emotivo.

El mismo *Azorín*, en varios de sus comentarios a las novelas de Baroja, cuando éste no había logrado aún su plena consagración popular, se revolvió más de una vez contra la supuesta rudeza literaria de Baroja, encomiando la belleza expresiva de sus diálogos y, sobre todo, de sus paisajes como aquellos de la *Busca*, de *Malá hierba* y *Aurora roja*, verdaderos descubrimientos de los suburbios de Madrid y de su campiña desolada, no sólo como hallazgo de una realidad eterna pero antes no vista, sino como técnica insuperable de su expresión, en pinceladas brevísimas, pero a las que ya no había nada que añadir. Con razón también alababa *Andrenio* los apuntes maravillosos de paisaje de puerto, tan amados de nuestro novelista (1). Un capítulo de Baroja es, con frecuencia, una lucha tremenda de pasiones, encarnadas en personajes llenos de áspero claroscuro que parecen agitarse en un mundo irreal. Sólo en la última línea surge la indicación del escenario —un solar, un descampado, una callejuela, un tugurio, un crepúsculo, un cielo plomizo— y basta ella sola para poner un fondo de realidad cósmica insuperable a la comparsa humana.

Lo terrible de las anécdotas es que la gente pro-

(1) ANDRENIO: *De Gallardo a Unamuno*.

pende a definir por ellas las cosas, y casi siempre son, y por eso son anécdotas, baches o fugas de la línea habitual del curso de las cosas mismas; el reverso, muchas veces, de lo normal; y en la vida de los hombres la expresión, precisamente, de lo que no son y de lo que quisieran ser. Claro está que “lo que se quiere ser” es una parte importante de la personalidad, en cuyo material entra por mucho todo lo que se desea y se frustra; pero sólo una parte, y llena, por cierto, de turbadores espejismos. De aquí la irrealidad radical de gran parte de las biografías y de las descripciones de pueblos; porque el viajero, como el historiador, tan parecidos en tantas cosas, cae casi siempre en la trampa de dar un valor de definición al material anecdótico. Baroja es entre nuestros contemporáneos uno de los que más han sido deformados por esta influencia del episodio intrascendente y pintoresco.

Digo esto porque la reputación antigramatical de nuestro gran escritor está, en gran parte, basada sobre una anécdota famosa y conocidísima, suscitada por Baroja mismo. Una vez, en efecto, con ocasión de un viaje, Baroja utilizó el alto resonador de Ortega y Gasset para declarar que no sabía si debía escribirse “bajar de zapatillas”, “bajar con zapatillas” o “bajar a zapatillas”. Ortega refiere la confesión sensacional en un pasaje célebre titulado “Baroja tropieza en Coria con la Gramática” (1). Desde entonces no hay opinión oral o escrita sobre

(1) *El espectador*, tomo I.

el novelista vasco que no se adobe con esto de las zapatillas. Todos estábamos, no obstante, en el secreto de que Baroja sabía muy bien que se bajaba “en zapatillas” y que su compañero de viaje quiso darle el gusto de contar sus supuestas vacilaciones para que algunos majaderos, cuya irritación tanto le divierte, “se sintieran ofendidos en su honor gramatical”.

En este mismo discurso de su ingreso en la Academia Baroja afirma que no cree en las bellezas del lenguaje y que sólo se ha cuidado de expresar sus ideas y sus sensaciones con claridad. Pero la claridad es, sin duda, la mayor de todas las bellezas, y en muchos de sus libros la ha alcanzado con magnífica plenitud. “No oigo la prosa —añade—, sólo en el verso me atrae el ritmo y la sonoridad.” Pero ni aun en esto se juzga exactamente a sí mismo, porque ha escrito páginas, como las dedicadas a los “viejos caballos del tío vivo”, el “elogio sentimental del acordeón” (1) y aquella otra, de puro truculenta inofensiva, “balada de los buenos burgueses” (2), que los lectores de entonces aprendíamos de memoria, por pura fruición musical, como las poesías de Machado, de Juan Ramón Jiménez o de los otros grandes poetas de su tiempo.

En varias de sus divagaciones estéticas está expresa esta preocupación, deliberadamente literaria, y a veces con admirable exactitud, como cuando dice: “Yo creo que escribir es como andar; un mo-

(1) *Paradox, rey.*

(2) *La caverna del humorismo, V-XII.*

vimiento que está condicionado por el ritmo interior. Claro que cuando ese ritmo tenga más cadencia nos gustará más" (1)). Repárese la semejanza de esta definición con la que dió Gracián de la que él llamaba colusia, o sea el empeño "de ir acomodando las partes, propiedades y circunstancias del término con las del sujeto traslato; y cuanto más ajustada es la correspondencia, campea más el discurso" (2). Es decir, preocupación del ritmo, que es la quintaesencia de la forma, aun cuando no ritmo retórico y artificial, sino ajustado a su propio vivir, a su andar por la vida; andar, es cierto, despreocupado, si bien a veces un poco preocupado de parecerlo (3).

Esta es la verdad, y si yo no temiera disgustar a don Pío Baroja me sería muy fácil copiar aquí una estupenda antología, ya hecha, de trozos de insuperable castellano extraída de sus libros; insuperable no sólo por su valor de expresividad, sino por su belleza formal y por su ritmo profundo; ritmo no de música ratonera, sino de buen caminar, con su traje de puritano, a través de los caminos del mundo y del mundo interior de las pasiones.

Otra de las objeciones al Baroja académico se

(1) *La caverna del humorismo*, II-X.

(2) *Agudeza y arte de ingenios*. Discurso LIV.

(3) Es interesante anotar la copiosa bibliografía sobre el modo de andar de Baroja; todos sus comentadores le han dedicado grandes párrafos, y ahora se ve el sentido que tiene en su psicología y en su obra. Véase, entre otros, SALAVERRÍA: *Nuevos retratos*, cap. II.

basa en su sentido lúgubre de la vida; objeción trivial, porque esa aptitud extraña de captación de lo espantoso está tan netamente ligada a la genialidad artística de nuestra raza, que si la diéramos categoría de heterodoxa, nuestro Parnaso se convertiría, si no en una isla desierta, en lugar poblado por rematadas medianías. Ya Ortega y Gasset, en los comienzos de la celebridad barojiana, a poco de aparecer su hermosa y desoladora novela *El árbol de la ciencia*, comentó su propensión a lo negro y a lo terrible con aquella exactitud, que se impone como definitiva, en los juicios del gran escritor. Y añadía estas palabras, que hoy toman carácter de profecía: "Sí, Baroja prolonga una tradición muy honda de nuestra literatura y es más entrañablemente castizo que la misma Academia Española" (1). Yo no creo, sin embargo, que, como se ha dicho, pueda relacionarse el costumbrismo lúgubre, pero austero, de Baroja con nuestra novela picaresca, que es fundamentalmente cínica e inmoral: para mí, salvando sus excelencias literarias y su valor informativo, una verdadera plaga hispánica, agente de los más poderosos en la obra disolutiva de nuestra decadencia. Baroja pinta los mismos suburbios de la humanidad española que sirvieron de paisaje a nuestros pícaros; mas con un sentido, quizá no optimista, pero de implacable rectitud. Ninguno de sus personajes sombríos tiene trazas heroicas; ninguno triunfa en la vida, ni

(1) *El espectador*, tomo I.

muere tranquilamente en su cama, vencedor a fuerza de bellaquerías, sobre el infeliz de buena fe, como ocurre casi siempre en la novela picaresca. La de Baroja es triste, pero, con frecuencia, ejemplar.

El lugubrismo de Baroja, mezclado a partes iguales con un concepto pacifista y bonachón de la vida, tiene un cierto aspecto de humorismo que pudiéramos llamar espúreo, que nada tiene que ver con la gracia cínica de Guzmán de Alfarache y compañeros de gremio. A este humorismo se refiere, sin duda, el mismo Baroja cuando trata de buscar explicación —médico al fin, aunque frustrado— a la actitud humorista, en el artritismo (1). A mí no me parece Baroja un humorista verdadero, porque el humorista es, ante todo, un cínico, y nuestro autor se ofrece, en cada una de sus obras, con el corazón en la mano, con lealtad absolutamente anti-humorística. Lo que sí es, es, como buen artrítico, un hombre que está a la defensiva de los peligros que le procura su naturaleza, y que se defiende de ellos con inteligencia, es decir, no huyéndolos, como los tontos y los niños, sino planteándoselos y abultándolos deliberadamente para no tropezar demasiado con ellos. El artrítico exagera los riesgos de la intemperie y de las fruiciones sensuales para justificar las limitaciones de la vida libre a que le obliga su temperamento; y encarece los aspectos siniestros de la existencia para dar todo su sentido

(1) *La caverna del humorismo*, III-XX,

al ambiente manso y un tanto egoísta en que le confina su especial vitalidad. Es, en cierto modo, como el legítimo consuelo que experimentan las monjas de clausura al hipertrofiar, a través de las rejas del convento, los peligros del mundo.

Pero sobre estas, sin duda discutibles, tendencias personales hay que anotar el sello incuestionable de pesimismo que puso originalmente a su obra el cariz histórico y psicológico de la generación a que don Pío Baroja pertenece. Sin querer se nos viene a las manos el tema, hartamente manoseado de la generación del 98, que, desde que fué creado, apenas ha habido plumífero español que no lo haya tomado como pretexto de sus divagaciones. Baroja, uno de los individuos señeros de la generación famosa, negaba no hace mucho su existencia. Inútil empeño. Si entendemos por generación un grupo de hombres, más o menos coetáneos, enrolados deliberadamente en una determinada y común empresa social, claro es que esa generación es un mito; ella y todas. Pero una generación es siempre algo distinto de eso, algo mucho más vago, en su sentido cronológico y en su sentido intencional. Es, simplemente, un trozo de humanidad que cuando se empieza a ver desde la lejanía aparece limitado por un cierto número de figuras ingentes, como las zonas de mar marcadas por altos arrecifes. La humanidad comprendida entre esos límites señeros es, sin duda, como el resto de la Humanidad, y esas mismas cabezas que brotan de la superficie y la demarcan parecen puestas allí por el azar, sin un

propósito concertado. Pero, no obstante, el hecho de la existencia contemporánea de unos cuantos hombres de categoría representativa, simplemente esto, imprime a la vida de su tiempo un sello particular, que ellos, sin advertirlo, simbolizan; y, con frecuencia, sin ellos proponérselo, de su momento se deriva un cambio radical en el curso de las corrientes humanas. Lo que tiene esta obra de fatal, de histórico, en su profundo sentido biológico, esto es, de independiente de la deliberada intención de quienes la representan, hace que éstos no se den cuenta exacta de ella y por eso son, a veces, sus propios representantes los que la niegan con la máxima sinceridad. Pero los que la vemos a distancia no tenemos más remedio que relacionar, por ejemplo en este caso, el cambio brusco de la retórica eufórica y hueca hacia un pesimismo contrito, que se opera al finalizar el siglo pasado en la vida española, con la obra de unos cuantos escritores, que predicán y ejercen, desde campos distintos, ese cambio de actitud. Sus edades son, quizá, más divergentes de lo que se admite dentro del concepto, por cierto vaguísimo, de una generación; su actitud brota, aquí y allí, por impulso espontáneo y sin acuerdo previo; los matices sociales, religiosos, estéticos de cada uno son, si se quiere, totalmente distintos. Todo ello es verdad. Pero nada de esto es reparo esencial que oponer a la realidad indiscutible de los hechos. Precisamente lo más típico de estos movimientos sociales es su aparente falta de preparación, como que no es la voluntad de los hombres

quien los ordena, sino una fuerza histórica y, por lo tanto, biológica, desconocida, que en otra ocasión hemos llamado "clima histórico" (1).

Por eso, Baroja, en las horas serenas, de plenitud, en que ha escrito la conmovedora relación de su vida que acabamos de oír, reconoce, a pesar de sus anteriores negativas, la realidad de esa influencia colectiva por parte de un grupo de hombres, entre los que ocupó él categoría rectora. Puede llamarse a ese grupo generación del 98 o como se quiera. Es lo de menos. Lo que no cabe duda es que existió y que estará para siempre enlazada con los seis o siete nombres que, sin darnos cuenta, nos brotan al hablar de esa curva agudísima que traza el río de nuestra historia y que coincide en el almanaque con los años en que se perdieron los restos de nuestro imperio colonial.

Baroja declara también lo que debe a la época, al clima histórico el tono lúgubre de su actuación de escritor. Habla nada menos que de una "neurosis pesimista" que le sobrecogió, como a todos sus contemporáneos. Esa "neurosis", si aceptamos su diagnóstico, puso, sin duda, acentos excesivamente melancólicos a su natural sensibilidad, tan castiza, para lo siniestro.

(1) Esto mismo dice MADARIAGA: "Aparte de que el movimiento no fué, ni con mucho, cosa organizada. No fué ni siquiera movimiento. Fué actitud natural y espontánea que se manifestó en formas independientes, como una estación del año, que, con ser un hecho evidente de la Naturaleza, sólo se puede observar como una serie inconexa de acontecimientos separados." S. DE MADARIAGA: *España*, capítulo X.

Ahora, en el ir y venir de las generaciones, las cosas han cambiado; la juventud actual, en plena fermentación optimista, más apta que para la crítica para la acción, se revuelve contra los pesimistas de antaño y les echa en cara, con evidente ligereza, su falta de fe paralizante y su débil patriotismo. Pero esos mozos reales o presuntos olvidan que la acción no tiene eficacia si no se apoya sobre una crítica severa, la que los hombres de la generación barojiana supieron hacer; crítica de fecunda contricción, preñada de progresos futuros. Los que pertenecemos a las generaciones intermedias nos damos cuenta clara —porque tenemos el alma bivalente, forjada entre las dos actitudes— de todo lo que debe el dinamismo de los jóvenes que nos siguen a la aparente desgana de los que nos han precedido. En realidad, la obra constructiva empieza con ellos. Sus libros, incorporados a la historia del arte, son ya material definitivo de continuidad y de progreso, y, sin duda, su calidad no ha sido todavía igualada por la de la obra de los que vienen después. Pero, además, de ellos mismos ha brotado, tras la necesaria contricción, la acción eficaz. Recordemos a Cajal, cuyo nombre olvidan los comentaristas de la generación del 98, sin meditar en que fué, tal vez, su ejemplar más representativo no sólo porque su vida estuvo ligada con dramática intimidad a aquella fecha dolorosa, sino porque representa la primera mentalidad rigurosamente científica que surge en la España moderna, con todo el valor revolucionario que tal aparición significa

en un pueblo entregado a la política de cábila y a la retórica vacía, es decir, en plena ausencia de rigor mental, en plena indisciplina anticientífica. Pues bien; Cajal tuvo las mismas amarguras que sus contemporáneos y abominó como ellos de toda la historia pasada, hecha de optimismos inconscientes. En sus *Recuerdos* y en otro de sus libros, el desdichadamente titulado *Charlas de café*, hay pruebas abundantes de lo que digo. “Todo propósito racional de reforma política, escribe, por ejemplo, debe partir, de acuerdo con J. Ortega y Gasset, del previo reconocimiento de nuestra inferioridad.” “Todo político optimista es un apático, un inconsciente y, por decontado, un mal patriota” (1). Pero, así, jóvenes de hoy, así, dándose golpes de pecho en el patriotismo, surgió la obra ingente del gran histólogo y pedagogo, la más eficaz y decisiva para el destino de la futura España.

Ahora se llenan nuestros pueblos de lápidas con el nombre de Cajal, se alzan estatuas suyas en cada Universidad y se trae y se lleva su recuerdo en las peroratas nacionalistas; pero, a veces, temo que los campeones del optimismo estén mejor dispuestos a agitar el banderín de su gloria que a imitar la severidad de su conducta, engendrada, como todo lo que ha sido útil para el progreso humano, con tanto esfuerzo y con tanto dolor.

Mas es cierto que el mundo, como Baroja recuerda en su discurso, nos ha enseñado, en los años

(1). *Charlas de café*, cap. X.

que acabamos de vivir, que los países que mirábamos como gigantes tenían los pies de arena move-diza, y que en nuestra talla pequeña había una reserva de posibilidades de crecer que nosotros mismos no podíamos sospechar. Todos, pues, los antiguos, los del centro y los jóvenes, nos inclinamos ahora a la esperanza. El mismo Baroja nos acaba de decir, hablando de sus contemporáneos: "Pasados los tiempos de la neurosis pesimista, nosotros hemos reaccionado hacia el patriotismo", si bien "no hacia el patriotismo retórico y hueco, de frases hechas, sino a una preocupación de los problemas y de las cuestiones de nuestro país y, sobre todo, de la tierra". Es decir, que lo que cambia es el tiempo; y a la luz de cada una de sus fases, la Humanidad toda, la juvenil y la talluda, se ilumina con el mismo color; como es todo alegre en el amanecer y todo triste cuando anochece. No caigamos, pues, en el error de creer que el pensamiento actual es un enemigo extraño del pasado, porque es un hijo de él; ahora que, como le pasa a veces a los niños pequeños, no se parecerá a su padre hasta que haya crecido.

Como en mí hubiera sido irreverente hacer la crítica de la obra de Baroja, me he limitado, en este saludo protocolario, a plantear una cuestión insignificante, la de su pretendido antiacademicismo, y a defender cortésmente mi tesis, de hombre de la calle, de su irrealidad, frente a la que sostienen, de un modo airado, los pequeños monstruos del café. Pero no quiero terminar sin añadir que en este apo-

yo sin trascendencia, que hago del academicismo de don Pío Baroja, no me dirijo sólo a los maledicentes por oficio, sino también a otros hombres sinceros y fecundos que de buena fe creen que nuestro escritor, al colgar de su pecho la medalla, peca de sospechosa apostasía (1). Si los argumentos que he expuesto no fueran suficientes podría añadirse el sentido profundamente académico —en su noble y justo sentido, no en el que se le quiera dar a esta palabra— de la erudición barojiana, sobre rincones en apariencia oscuros, pero en la realidad decisivos de nuestra historia política del siglo XIX, de la que son admirable muestrario los veinte volúmenes de sus *Memorias de un hombre de acción* y, más aún, los pequeños estudios monográficos que últimamente ha publicado acerca de caudillos y personajes de segunda y tercera clase del comienzo de la centuria. Además, cuando todos nos dicen que la novela desaparece y cuando los propios novelistas, por convencimiento o por otras razones, parecen, callándose, dar la razón a la profecía, Baroja, impertérrito, sigue cumpliendo su misión de novelista estricto, sin infidelidades a ninguna tentación de las épocas nuevas y con aquella regularidad, casi cósmica, que señaló Ortega y Gasset, dos, tres veces al año, una pura y nueva novela barojiana aparece para calmar la expectación, casi el hábito, de sus lectores de siempre. Se empieza a sospechar que

(1) Véase, por ejemplo, el capítulo "Pío Baroja, académico", en el interesante libro de DOMENCHINA: *Crónicas de Gerardo Rivera* (Madrid, 1935).

con él adquiere la Academia el último superviviente fervoroso del género novelesco.

¡Qué se le va a hacer! Cada hombre creador, crea con su obra, sin darse cuenta, una suerte de inesperados compromisos con sus contemporáneos; y un día en que aquél, de buena fe, da el paso lógico que sigue al paso anterior, esos voluntarios secuaces exhiben su gratuita exigencia de la mejor buena fe del mundo y con gesto airado le piden la cuenta de su conducta. Es ésta mortificación inexcusable de las muchas que lleva aparejada la gloria, y su único remedio es interpretarla con filosófica mansedumbre, aun siendo, como en el caso del nuevo académico, particularmente injusta la acusación.

Porque, precisamente, la más alta de las virtudes de don Pío Baroja es su noble persistencia en el gesto con que entró en la vida de escritor. A los hombres les obligan muchas veces las púas acerdadas de la realidad a cambiar, contra su conciencia, de ideología y de postura. Yo nunca he sentido hacia éstos otra cosa que compasión. Pero aun los hombres más íntegros experimentan, conforme la vida avanza, la inevitable deformación que producen, en el pensar como en la anatomía, los golpes de fuera y los de dentro. Al llegar a cierta edad gran parte de la personalidad nuestra está hecha, antes decíamos que de aspiraciones frustradas; y ahora añadido que de rectificaciones. Lo importante es no renegar de ellas, porque son tan noble fuente de la personalidad actual como la misma fe. Pero en este vasco, de material inalterable, no es así.

Su repertorio ideológico podrá ser aceptado o no, pero hay que descubrirse ante su integridad. En su obra última, que es, por ahora, su discurso de ingreso en la Academia, Baroja anota probablemente la serenidad que el tiempo, meramente el tiempo inexorable, que no los hechos de la vida, ha puesto en su corazón. Ya he comentado su visión, más clara que antaño, de los problemas españoles. También le hemos oído que la tendencia, “un tanto puritana y sectaria de su juventud”, se va transformando en indulgente jovialidad. Su instinto de aventurero frustrado se ha ido saciando en sus viajes por el mundo, a la busca de tipos extravagantes, en los suburbios de la vida normal; o en el retablo de sus libros dedicados a revivir la existencia azarosa de cabecillas y conspiradores. “Ya sé —exclama melancólicamente— que detrás de esa montaña pasa lo mismo que pasa aquí, y no tengo deseo de ver más.” “Ya me he quedado tranquilo.”

Pero sabemos que tranquilo del todo no lo estará jamás. Este hombre tan bueno es el español que ha visto ajusticiar a más reos; que ha presenciado mayor número de escenas lúgubres y espeluznantes. Ha sido concejal, candidato a diputado, regente de una industria, médico de partido, contertulio de los tabernuchos de los puertos e intelectual de turno en las reuniones snobistas de la alta sociedad. Ahora colecciona libros raros en las ferias y baratillos. Pero aun le quedan muchos mundos por donde emigrar. No teman por Baroja los hombres del café; no teman tampoco los cándidos jóvenes

suspicaces; ni el ser académico detendrá su errabunda curiosidad por lo divino y lo humano. De cada nueva etapa nos dejará un libro nuevo, lleno de cosas inesperadas, sombrías y, en el fondo, encantadoras; y al cerrarlo, parodiando el título de una de sus mejores novelas, repetiremos, una y otra vez, como ahora, al escuchar su admirable y terrible biografía: Baroja es así.



